

LA ILUSTRACION

PERIODICO UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 37.—TOMO I.—SABADO 10 DE NOVIEMBRE DE 1849.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ADVERTENCIA.

Por causas enteramente independientes de nuestra voluntad, nos vemos en la precisión de suspender por este número la *Historia de la Semana*, que procuraremos enlazar convenientemente en el próximo; contamos con la indulgencia de nuestros lectores, para el disimulo de esta omisión que no pende de nosotros.

DOCUMENTOS OFICIALES.



La crisis ministerial de París, que ha dado por resultado la elección de un nuevo gabinete, produjo también el mensaje con que el presidente anunció esta novedad á la Asamblea y que copiamos á continuación.

«Señor Presidente: En las circunstancias graves en que nos hallamos no pueden conservarse el acuerdo que debe reinar entre los diferentes poderes del Estado, sino cuando animados de una mútua confianza se explican francamente uno al frente de otro. A fin de dar ejemplo de esta sinceridad voy á manifestar á la Asamblea las razones que me han determinado á cambiar el ministerio y á separarme de hombres cuyos eminentes servicios me complazco en publicar, y á quienes profeso amistad y gratitud.

«Para afirmar la República, por tantas partes amenazada por la anarquía; para asegurar el orden mas eficazmente que lo ha estado hasta aqui; para mantener finalmente en el extranjero el nombre de la Francia á la altura de su fama, se necesitan hombres que animados de un acrisolado patriotismo comprendan la necesidad de una direccion única y segura y de una política netamente formulada; hombres que no comprometan el poder con ninguna irresolución, que se hallen tan poseídos de mi propia responsabilidad como de la suya, y que esten dotados así de accion como de palabra.

«He dado bastantes pruebas de abnegacion de un año á esta parte, para que se desconozcan mis verdaderas intenciones.

«Sin rencor contra persona ni partido alguno, he dejado llegar al poder los hombres de mas diversas opiniones; pero sin obtener los felices resultados que me habia prometido de esta union. En vez de verificar una amalgama de partidos, no he conseguido mas que una neutralizacion de fuerzas. La unidad de miras y de intenciones ha sido entorpecida, y el espíritu de conciliacion tomado por debilidad. Apenas han desaparecido los peligros de las calles, se ha visto á los antiguos partidos volver á enarbolar sus banderas, renovar sus rivalidades y alarmar al país sembrando la inquietud.

«En medio de esta confusion, la Francia, inquieta porque no ve direccion, busca la mano, la voluntad y la bandera del elegido del 10 de diciembre. Pero esta voluntad no puede conocerse si no hay una perfecta identidad de ideas, de miras y de convicciones entre el Presidente y sus ministros, y si la misma Asamblea no se asocia al pensamiento nacional, cuya expresion fué la elección del poder ejecutivo.

«El 10 de diciembre triunfó todo un sistema, porque el solo nombre de Napoleon encerraba todo un programa; es decir: en el interior, orden, autoridad, religion, felicidad del pueblo; en el exterior, dignidad nacional. Esta política, inaugurada por mi elección, es la que quiero hacer triunfar con el apoyo de la Asamblea y del pueblo. Quiero ser digno de la confianza de la nacion, conservando la Constitucion que he jurado; quiero inspirar al país por mi lealtad, mi perseverancia y mi firmeza una confianza tal, que adelanten los negocios y se tenga fé en el porvenir.

«El testamento de una constitucion tiene sin duda un grande influjo en los destinos del país; pero la manera con que se ejecuta le tiene todavia mayor. La mayor ó menor duracion del poder

contribuye poderosamente á la estabilidad de las cosas; pero la sociedad se asegura tambien por medio de las ideas y principios que sabe hacer prevalecer el gobierno.

«Realcemos pues la autoridad sin inquietar la verdadera libertad; calmemos los temores, domando con valor las malas pasiones, y dando á todos los nobles instintos una útil direccion. Afirmemos el principio religioso, sin abandonar nada de las conquistas de la revolucion, y salvaremos el país á pesar de los partidos, de las ambiciones y hasta de los defectos que pudieran encerrar nuestras instituciones.—Luis NAPOLEON BONAPARTE.»

Actos del Gobierno.

La *Gaceta* ha publicado las resoluciones siguientes:

Real orden resolviendo afirmativamente una consulta del Director del Instituto de las islas Baleares, relativa á si los directores de estos establecimientos se hallan revestidos de la personalidad legal indispensable para defender en juicio los intereses del Instituto puesto á su cargo.

Comunicaciones del ministerio de la Guerra, desmintiendo los rumores esparcidos sobre mala conducta de las tropas de nuestra expedicion en Italia.

Estado de los varios efectos de comercio de produccion española, que en los nueve primeros meses de este año se han exportado de España y de la isla de Cuba para los puertos del Báltico.

Decreto dando nueva organizacion á las Academias y estudios de bellas artes.

Real orden levantando la prohibicion de esportar la plata y oro amonedada ó en pasta, acordada en 19 de junio de 1837 y 30 de junio de 1848.

Decreto creando escuelas prácticas de agricultura, haciendas-modelos, divididas en dos secciones. La primera para los que aspiran al profesorado en dicho ramo y para los

hijos de propietarios que quieran aprender en ellos la teoría y la práctica del cultivo. La segunda para la enseñanza de mayores ó capataces. Estableciendo tres escuelas: una central en las cercanías de Madrid, otra en las provincias del Norte, y otra en una de las del Mediodía.

Nombramiento de los señores don Francisco de Paula Fernandez de Córdoba, conde de la Puebla del Maestre, y don José María Chacon y Calvo, conde de Casa-Bayona, para senadores del Reino.

BIOGRAFÍAS.

La biografía de un individuo no interesa de ordinario y no debe interesar sino dentro del inmediato círculo de aquellos entre quienes ha vivido y ante los cuales ha dado testimonio de sí y de sus obras. Por esto es fundado el pensar, que las biografías individuales extranjeras solo en muy contados casos pueden ser leídas con vivo interés y merecen ser conocidas en países estranos á aquellos en que vivieron y en cuyo beneficio influyeron de alguna manera, porque muy pocos son los individuos cuya importancia ha podido extenderse mas allá de los límites de su nacion.

Mas hay casos excepcionales de esta regla, ó mejor dicho, el espíritu de la misma regla indica que aquellos hombres señalados que han consagrado sus fuerzas y sus trabajos á intereses generales humanos, sean en cierto modo adoptados, y su memoria sea reconocida sin distincion de límites de nacionalidad en todos aquellos pueblos que de una manera mas ó menos directa, pero demostrada han recibido la influencia de los primeros. Tales hombres se han ganado con buen derecho una carta de ciudadanía en toda la esfera de civilizacion para cuyo beneficio han efectivamente vivido y obrado;



Asalto dado á un almacén de patatas en Irlanda.

son aquellos pocos escogidos que pertenecen á la ciudad universal humana.

Pero el derecho á semejante adopcion y naturalizacion lo han de fundar ellos mismos con sus obras, sin que importe por lo demas, cual sea la naturaleza particular de estas, ya sean religiosas, ó científicas, ó morales, ó artísticas. ¿Es por ventura menos ciudadano de la ciudad europea el inventor de la imprenta, que el fundador del sistema del equilibrio político? ¿lo es menos el Ticiano ó Murillo que Carlos V? ¿menos Descartes y Newton que Napoleon?

La ciencia y la filosofía han dado tambien en estos últimos siglos algunos de estos principales ciudadanos entre los mejores, y el tiempo que ahora adelanta mas sus horas que en las pasadas épocas, no ha tardado mucho para fallar un primer juicio sobre aquellos. Nosotros tenemos en el momento presente dos entre los demas en la esfera de la ciencia, acerca de cuyas obras hemos podido alcanzar algun conocimiento; y no en verdad como si por esto pensáramos que sean ellos los únicos ó los principales que tengan derecho á nuestra memoria y reconocimiento. Semejante juicio ni nos compete fallarlo, ni poseemos los medios para ello; sino porque desde luego hallamos en los escritos que nos han dejado y con que han enriquecido la ciencia, y asimismo en la creciente influencia que de todos lados van adquiriendo sus ideas, el testimonio seguro de que han consagrado su vida á intereses que á todos sin distincion de limites ni de pueblos nos pertenecen en comun, y de que han influido pacífica pero eficazmente para un fin general de nuestra civilizacion. Estos dos hombres que en la esfera de la ciencia pensamos que han merecido como los mejores, son: Manuel Kaut y K. Chr. F. Krause. No hablamos ahora de sus escritos, ni de la tendencia general que en ellos reina, puesto que al fin de la noticia biográfica de cada uno de estos dos filósofos, ponemos una nota bibliográfica de sus trabajos literarios, tan completa como la hemos podido recoger. Pero aparte del merecimiento que ya por esto solo han adquirido estos dos maestros á la memoria de todos los amantes de la ciencia, existe bien marcado en la historia de la filosofía moderna el hecho del reconocimiento cada dia mas general que van ganando las ideas de que aquellos dos grandes profesores dieron la primera voz. No entramos aquí en pormenores para confirmar este hecho, que debe ser manifiesto á todos los que estan familiarizados con la historia literaria, y en particular literaria-filosófica de nuestra época. Pero no podemos escusarnos de citar algunos hechos, que aunque particulares, son decisivos por las circunstancias que les han acompañado y que bastan para justificar el fin que ahora nos hemos propuesto.

Por lo que toca á Kant; transcribiremos aqui algunos pasajes notables de uno de sus biógrafos (M. Aimand Saint, Histoire de la Philosophie et de la vie de Kant: Paris, 1844: cap. 15). «Hallamos en efecto que no solamente en filosofía, sino en casi todos los brazos de la ciencia humana la influencia de Kant se hizo sentir decididamente... Una vez que sus ideas fueron mejor comprendidas, y se hizo de ellas el asunto de una polémica viva y general, amigos y enemigos se sintieron comunmente dominados por el nuevo espíritu, y aun muchos de los que hacian apariencia de combatirlas, ayudaron no obstante á su propagacion por los homenajes indirectos que se hallaban forzados á hacerles... Esta filosofía se infiltró en la vida alemana, y durante medio siglo ha reinado de hecho, sin que las pretensiones contrarias hayan podido oponerle otra cosa que impotentes protestas... No es posible dejar de reparar como este grande hombre ha forzado á los mas grandes poetas y jurisconsultos de su país á inspirarse de las santas leyes de la moral y del derecho natural, para elevar la dignidad del hombre y dar á las instituciones sociales bases reconocidas por la razon.

Después de haber mostrado el biógrafo la influencia que Kant ejerció sobre los dos primeros poetas alemanes Götze y Schiller, y anudando el tema de la relacion de esta filosofía crítica con la reforma de la ciencia del Derecho, se expresa en estos términos: «Antes de nuestro filósofo el estudio del Derecho no habia sido por cierto descuidado en Alemania, y los nombres de Puffendorf y Thomasio son el mejor testimonio de los resultados que escritores eruditos y concienzudos llegaron á obtener en esta parte tan principal de los conocimientos humanos. Pero es menester confesar que ha sido después de Kant y bajo la influencia de sus ideas cuando se ha logrado distinguir con mas claridad y seguridad en el Derecho el elemento racional del elemento histórico, que se ha hecho pasar el segundo por la piedra de toque del primero, y los jurisconsultos distinguidos que han manifestado declaradamente su simpatía hacia el filósofo de Konisberg, como Kufeland, Hoffbauer, Schumann, Fenerbach, Polity, Schmaltz, Zacharia y otros son un testimonio de la impresion que habia hecho el pensamiento de Kant de poner en contraposicion el derecho racional y positivo, no para destruir este, sino para mejorarlo gradualmente; y esta idea fue precisamente la que le adquirió partidarios entre los hombres políticos de su país, aquellos principalmente que por conviccion y no por prejuicios hereditarios se han opuesto vigorosamente contra toda importacion extranjera de constituciones políticas, persuadidos como estaban de que reformas como las que entendia Kant serian mas ventajosas y mas durables en su cualidad de reformas reales, que si no fuesen mas que el resultado de una revolucion.»

«Pero fué principalmente en el dominio de la filosofía en el que las ideas de Kant escitaron un movimiento universal y acabaron por hacer una revolucion completa. Es curioso leer en las memorias de la literatura contemporánea, las peregrinaciones de numerosas personas que venian á Konisberg con el solo fin de asegurarse con sus propios ojos y con sus oídos si lo que se decia de la universalidad de los conocimientos de Kant igualaba á su penetracion en las ciencias filosóficas que eran del especial estudio de los viajeros. Es por

ejemplo digno de memoria el célebre filósofo Hamann que manifiesta en su correspondencia literaria con Herder y Jacobi las luchas interiores que tuvo que sufrir su espíritu antes de romper el encanto con que lo tenia ligada la comunicacion con el filósofo y la lectura rápida de sus escritos. Observamos en seguida á Fichte que venia á inspirar su espíritu en las lecciones y con el comercio de Kant y á quien poco mas adelante hallamos rivalizando en celebridad con su maestro en medio de profesar hacia este el respeto mas sincero. Es de notar tambien Echard, el cual á pesar de su reputacion filosófica, parece reconocer el mismo que no hay otra fuente verdadera de la ciencia sino la filosofía crítica. Notamos en fin los profesores de Halle, Eslangen, Esfurt, Zugolstad y de Viena, quienes teniendo á su cabeza al filósofo Reinhold proclamaron los principios del criticismo, se declararon sus defensores, señalándolo, repitiendo una expresión de Schiller, como el Evangelio de la época. Fuera de Konisberg las universidades alemanas que mas decididamente se declararon por la doctrina del filósofo, fueron Halle y Jena, las cuales la defendian no solo en la cátedra, sino por medio de la prensa en la *Gaceta universal* fundada en 1785, el *Mercurio alemán* y la *Biblioteca universal*.»

Reflexionando en seguida acerca de la propagacion de las doctrinas kantianas en las naciones fuera de Alemania, continua el biógrafo de esta manera: «En Inglaterra fué donde pareció primeramente haberse querido establecer la Filosofía crítica, ya sea por medio de la traduccion latina que hizo Born de la *Crítica de la razon pura*, en la cual sin embargo Kant confesaba que no podia reconocer su propia obra, sea por los escritos de Nitsch, de los cuales se lee un pomposo elogio en la Enciclopedia de Londres, sea en fin por la obra de Willid, bien que esta última parece no haber hecho sobre los contemporáneos la misma impresion que la de Nitsch... la Escocia mas habituada á la vida interior que favorece el aspecto agresivo de sus montañas y sus lagos, comprendió que le iba un interés de honra en no quedar estraña á una filosofía que en alguna manera habia sido la madre de uno de sus mas ilustres profesores; pero pronto se levantó una cuestion de amor propio nacional, ocupándose principalmente de saber si Reid no habia efectivamente seguido la misma marcha que Kant... En cuanto á la Francia las circunstancias eran poco favorables para recibir nuevas doctrinas filosóficas, cuando el nombre de Kant fué conocido por primera vez. Comenzó el primero Carlos Willers por medio de algunos artículos que no hicieron gran sensacion; después trabajó el mismo Willers una obra mas completa sobre la Filosofía crítica, por la cual se podia bien juzgar de la importancia de un sistema que nada comun tenia con los precedentes de la escuela francesa, y apenas si los Cabanis, los Destut de Tracy y los Laromiguiere se dignaron tomar una ligera noticia de aquel, para tener el gusto de soltar algunas frases satíricas á costa del ilustre profesor... Ni como hubiera podido hallar en el principio favorable acogida en Francia la Filosofía alemana, en una época en que las ciencias morales eran declaradamente reconocidas como un género de mecanismo, y cuando Lalande, este sábio astrónomo que no habia sabido leer el nombre de Dios escrito en caracteres de fuego en el firmamento, acusaba á Kant de aspirar con sus ideas de Dios, de libertad y de inmortalidad, á hacernos retroceder á los tiempos en que se creia en quimeras y visiones místicas? Verdad es que Mercier rechazó esta burlesca salida del astrónomo, declarando que nada conocia como la Filosofía de Kant para fundar en el hombre un sólido reconocimiento de todo lo que hay de noble y divino en nuestra naturaleza, con condicion, añadia, que no se trate sino de la Filosofía práctica de Kant. Ultimamente, después de los trabajos de M. Degerando es debido á M. Cousin que se comience á comprender en Francia la importancia de la revolucion filosófica alemana, y aunque todavia hoy no haya llegado á formarse una idea bien precisa de esta ciencia tal como se cultiva del lado allá del Rhin después de cincuenta años, sin embargo, el número ya crecido de jóvenes que se dedican á los estudios especulativos, dando de ello prueba en las varias traduccionen que se hacen de las obras de Kant, prueba que el mal encanto se ha roto y que los franceses quieren continuar las tradiciones de Descartes y Mallebranche. La Francia está destinada al mismo tiempo á servir de medio para comunicar á todos los pueblos de la lengua romana el gusto hacia los estudios serios que ennoblece la dignidad del hombre, y que si no ha sido sentido antes y con mas frecuencia, ha consistido á veces en la falta de un órgano que lo aproxime á nuestra inteligencia.»

Ved aqui pues hartos notables y constantes testimonios que deponen de la importancia de las ideas y de los trabajos científicos de un solo hombre, y que prescindiendo ahora del fondo de estas ideas mismas, sobran para justificar lo que dejamos dicho al principio acerca de Kant. Vengamos ahora á Chr. F. Krause.

Krause pasó la mayor parte de su vida no solo desconocido, sino aun perseguido y acusado por miembros influyentes de una sociedad poderosa en Alemania (la sociedad masónica), la cual nunca pudo olvidar que este filósofo en una de sus obras históricas espuso la verdadera historia de esta sociedad, los vicios de que adolecia y aun los medios para restituirla á la pureza de su fin primitivo, mientras otros profesores de Filosofía á los cuales no era Krause inferior, ocupaban las primeras cátedras de las universidades, y recibian recompensas y honores de todo género, este se hallaba oscurecido, obligado á trabajar sin descanso para atender á sus primeras necesidades, y al mismo tiempo contrariado en sus nobles esfuerzos de trabajar por el progreso de la ciencia y para la ilustracion de sus contemporáneos. Y aun casi puede decirse que los testimonios mas notables que deponen de la importancia de su sistema científico, se han manifestado fuera de Alemania antes que en Alemania mismo. Citaremos algunos.

Y desde luego se presenta un hecho muy significativo y

único en su género, al cual ningun sistema científico moderno se ha sujetado; hablamos de un juicio contradictorio hasta donde semejantes juicios pueden tener lugar en el género de que se trata. Es sabido que las universidades de la Bélgica (Gante y Lieja bajo la dependencia directa del Estado, Lovaina bajo la del Clero, Bruselas de fundacion libre y bajo la dependencia del llamado en Bélgica partido liberal), se hallan en cierto grado de mútua emulacion y rivalidad, que sin declinar en el extremo dañoso en que suele degenerar semejante estado, es bastante á lo menos para sostener vivo el calor de la vida científica, esforzándose como es natural cada universidad por defender aquel predominante punto de vista en la educacion científica que mas se conforma á la naturaleza del cuerpo bajo cuya inmediata proteccion está constituida. Esta emulacion tiene un medio natural regularizado por donde manifestarse, que son los concursos solemnes á que de tiempo en tiempo se presentan las cuatro universidades ante un tribunal misto, optando en competencia los discípulos mas aventajados de aquellas á los premios concedidos sobre la mejor solucion de cuestiones propuestas de antemano acerca de los diversos ramos de las ciencias. En el concurso correspondiente al año de 1843, fué el tema principal propuesto en Filosofía: Investigacion acerca del origen de los conocimientos humanos. A la verdad ninguna cuestion se pudiera presentar mas capital y que mas adentro penetrara en la esfera filosófica, ni que fuera mas apropiada para probar en un juicio comparativo de sistemas diferentes el verdadero mérito de cada uno. En esta cuestion el tribunal misto dió un señalado testimonio en favor de las doctrinas filosóficas de Krause, declarando desempeñado el tema propuesto, con ventaja sobre las demas universidades, por un M. Thibergien discípulo de M. Ahrens que profesaba á la sazón aquella doctrina en la universidad de Bruselas. La solemnidad del concurso, la importancia con que es mirado este juicio por los cuatro primeros cuerpos científicos del país, y hasta la composicion y método de proceder que se guarda en el tribunal misto, dan á este fallo señalado un valor que ningun otro sistema científico puede presentar en su favor en países diferentes á aquel en que ha nacido y dádose primeramente á conocer.

Citaremos otro hecho tambien muy significativo, para poder juzgar de la influencia que el sistema científico Krause va ganando fuera de Alemania, y que por lo menos es una prueba de la importancia de las ideas que en aquel se desenvuelven. Entre las deducciones de los principios generales de esta filosofía tienen un lugar principal las relativas á la ciencia del derecho. El mismo profesor arriba mencionado, M. Ahrens que es hasta hoy el único representante de estas ideas fuera de Alemania, ha dado á conocer en su *Cours de Droit naturel* el Sistema del Derecho conforme á aquellos principios, y, lo que no puede menos de llamar la atencion en materia que entre las demas partes de la ciencia es en el dia la cultivada con mas vivo interés y mayor profundidad de miras fuera de Alemania, la obra citada ademas de tres ediciones francesas y dos italianas (1) ha sido traducida en alemán por Wirk y en español por uno de nuestros mas laboriosos jurisconsultos, don Ruperto Navarro Zamorano. Ciertamente tienen mucho ganado en su favor principios que en sus aplicaciones á ciencias de un carácter decididamente práctico como la del derecho, sostienen una prueba tan igual, tan conforme en países diferentes como la que hemos indicado.

Una vez pues justificada nuestra intencion, solo nos resta esponer brevemente la Biografía de los dos Filósofos, añadiendo por via de apéndice una noticia bibliográfica de los escritos que han llegado á nuestro conocimiento tanto los de Kant como los de Krause.

J. SANZ DEL RIO.

APUNTES BIOGRAFICOS.

Los nuevos ministros franceses.

El ministro de la Guerra, Hautpoult, general de division y diputado del Ande, es el decano de edad de sus colegas. El debe ser el vice-presidente del ministerio, pues el verdadero presidente es M. Luis Bonaparte. Nació en Versalles en 1789. En 1828 fué nombrado mariscal del campo, y teniente general en 1841. En 1848 mandaba la division militar de Marsella. El general Hautpoult ha hecho las campañas del imperio y la de España en 1823. En 1846 fué nombrado Par.

El ministro de Marina, contra-almirante Romain-Desfosses, diputado de Finisterre, tiene cerca de 50 años. Si es poco conocido del público, goza en cambio en su arma de la estimacion general y de una gran reputacion de talento. Durante mucho tiempo ha servido en los grados inferiores, á pesar de haberse distinguido por su celo y su mérito. En 1830 era ya teniente de navío, y en calidad de tal servia en el *Duquesne* cuando la expedicion de Argel. Su fortuna militar data solo desde 1839, desde la expedicion de Méjico que

(1) Los profesores que ya en la cátedra ó ya en sus escritos han dado mas á conocer el Sistema científico de Krause son, segun nuestra noticia, los siguientes: M. Leonhardi profesor extraordinario de Filosofía en Praga; M. Röder profesor de Derecho natural y criminal en Heidelberg; M. Lindemann profesor de Filosofía en Soleure, en Suiza.—En Francia, M. Willm profesor de Filosofía en Strasburgo; M. Bonchitte profesor de Historia en Vasselles, y M. Duprat en varios artículos acerca de Krause y su Sistema en la Revista independiente.—En Holanda, el Dr. Opzoom y el traductor desconocido de la Psychologia, escrita por el citado profesor de Bruselas M. Ahrens. Al fin de la noticia bibliográfica de los escritos de M. Krause indicaremos las obras que segun sabemos se han publicado en el sentido de la doctrina de este filósofo.

hizo en calidad de segundo del príncipe de Joinville sobre la corbeta *Creole*. En seguida entró á mandar la corbeta de batería la *Cornaline* en los mares de Levante. Capitan de navío en 1841, mandó la estación de la isla de Borbon y de Madagascar durante los años de 1844, 1845 y 1846. En el combate de *Tamatave* se halló á la cabeza de la division francesa. Contra-almirante en 1849, ha ejercido las funciones de mayor-general de marina en Brest.

El ministro de Hacienda M. Aquiles Fould, diputado del Sena, nació en 1779, y es conocido del público. Formaba parte de la antigua Cámara de los diputados, y se sentaba en los bancos de la mayoría. Ha sido diputado del Sena, en la Asamblea constituyente.

Mr. Dumas, ministro de Comercio, es el célebre químico, miembro de la academia de ciencias, profesor en la Sorbona y de química orgánica en la escuela de medicina. Ha usado la palabra en la Cámara de los diputados como comisario del gobierno para el proyecto relativo á la refundición de las monedas. Es representante del departamento del Norte.

El ministro de obras públicas, Mr. Bineau, diputado de Maine-et-Loire, nació en 1805. Es ingeniero en jefe de minas, y fué inspector general de material de explotación de los caminos de hierro. Era individuo de la antigua Cámara de los diputados, en la que votaba con la oposición.

El ministro de lo Interior, Mr. Fernando Barrot, diputado de la Argelia en la Asamblea constituyente, y del Sena en la Asamblea legislativa, es el mas jóven de los hermanos de Mr. Odilon Barrot: nació en 1806. En 1830 fué nombrado sustituto del procurador del rey en el tribunal del Sena, destino que ocupó hasta 1836 en que hizo dimision. En 1839 el ministerio del 12 de mayo le nombró abogado del Tesoro, funciones que ejerció hasta la revolucion de febrero. El fué quien defendió en 1846 al coronel Vaudrey en el proceso formado á consecuencia de los sucesos de Strasburgo; en 1840, él y Mr. Berrier y Marie defendieron en la Cámara de los pares á Mr. Luis Bonaparte despues del hecho de Boulogne. Enviado á la Cámara de los diputados por el colegio de Loches en las elecciones de 1842 y 1846, votaba en ella con la oposición. Poco tiempo despues de la eleccion del 10 de diciembre fué nombrado secretario de la presidencia, y ocupaba aun este puesto cuando la eleccion de Mr. Luis Bonaparte le ha llamado al ministerio.

El ministro de la Justicia, M. Bouchez, diputado del Puy-de-Dome en la Asamblea constituyente y en la legislativa, nació en 1813. Es un abogado de Riom, donde se ha dado á conocer defendiendo á muchos acusados por delitos de imprenta. Ha sido uno de los mas activos individuos de la Asamblea constituyente, por la que fué encargado de formular una porción de proyectos de ley relativos á materias judiciales.

El ministro de Instrucción pública y de Cultos, M. Esquiron de Parieu, diputado de Cantal en la Asamblea constituyente y en la legislativa, nació en Aurillac el 13 de abril de 1815. Desde 1841 ejerce la abogacia en el tribunal de apelacion en Riom. Individuo de la academia de las ciencias y de las bellas letras de Clermon Ferran, ha publicado muchos artículos en la *Revista de Legislacion*, dirigida por M. Wolowski. Tambien ha escrito muchas noticias sobre la agricultura del departamento de Cantal, y hecho á la Asamblea constituyente un informe notable sobre la reforma hipotecaria. Pocas veces ha tomado la palabra en ella, pero siempre que la ha usado ha sido con muy buen éxito. Sobre todo, no se ha olvidado aun el discurso que pronunció en favor de la enmienda en que M. Grevy proponia que no se pudiese al frente del poder ejecutivo mas que á un presidente del Consejo, siempre revocable por la Asamblea legislativa.

Cárlos Alberto.

(Conclusion.)

A este hecho siguió la abdicacion de Victor Manuel en favor de Cárlos Felix, duque de Génova, residente entonces en Módena, el nombramiento del Príncipe de Carignan para Regente del reino y la dimision de todos los ministros.

Poco despues fué solemnemente proclamada la Constitucion española de 1812, á la cual prestó Cárlos Alberto juramento de fidelidad; como llegase á entender que debía participar los acontecimientos que habian determinado la abdicacion de su padre el Rey Victor Manuel y providencias siguientes, le escribió en este sentido: la desaprobacion formal del nuevo monarca colocó á Cárlos Alberto en la mas dolorosa perplejidad, y es que habia en este Príncipe dos entidades que es necesario considerar seria y profundamente, si se pretende juzgar con acierto y con justicia. Cárlos Alberto amaba sinceramente los principios liberales, pero rara vez tuvo la energia suficiente para sustraerse de las influencias y tradiciones de familia; así puede y debe explicarse la incoherencia de algunos de sus actos; aconteció, pues, al Príncipe de Carignan lo que siempre acontece á aquellos que sacrifican las mas generosas inspiraciones á los cálculos mezquinos de conveniencia; sin ceder enteramente á tales influencias, aceptó la corona de reformador, que le garantiza su incontestable popularidad en Italia.

La declaracion de Cárlos Felix estaba concebida en términos muy esplicitos: «Declaramos que lejos de consentir cualquier alteracion en la forma de gobierno preexistente, en el acto de la abdicacion de mi muy querido hermano, consideraremos como rebeldes á todos aquellos de nuestros súbditos que osen ó osaren proclamar una Constitucion, ó hacer cualquier otra innovacion contraria á la plenitud de la autoridad real.» Este documento fué seguido de otro, nombrando al general de Latour jefe del ejército que debía organizarse y marchar contra los rebeldes. La guerra civil era, pues, inevitable, y á los peligros de ella se añadian los de una

guerra estrangera. Con efecto, en Milan las noticias del Piemonte alarmaron de tal modo á los austriacos, que se ordenó inmediatamente la formacion de un cuerpo de ejército en las fronteras: el emperador de Rusia dispuso poner sobre las armas un cuerpo de cien mil hombres, y finalmente, la Confederacion helvética fué invitada por estas potencias á ponerse en guarda contra los efectos de las doctrinas revolucionarias.

Cárlos Alberto en esta difícil situacion, resignó su autoridad de Regente y se retiró con algunos regimientos de artillería y caballería al cuartel general del conde de Latour, obedeciendo de este modo las órdenes de su soberano. Sin haber desenvainado la espada contra sus compatriotas, terminó aquella campaña fatalmente para los liberales, retirándose despues el Príncipe á Florencia, donde residió algun tiempo y de allí á París: preparábase en esta capital la expedicion contra España; Cárlos Alberto pidió y obtuvo licencia para incorporarse á esta expedicion, y en el sitio del Trocadero supo distinguirse por su presencia de espíritu y valor singular.

Por muerte de Victor Manuel fué llamado al trono de sus antepasados, siendo saludada su exaltacion con la mas viva y espontánea alegría, pues á pesar de todo, Cárlos Alberto no dejaba de ser un príncipe eminentemente popular. Su reinado sin satisfacer con todo los ardientes deseos de los liberales, fué una serie de beneficios y de reformas útiles. Cárlos Alberto sin embargo nunca hubiera conquistado la inmensa popularidad de que goza en los últimos dias de su reinado, si la exaltacion de Pio IX al trono Pontificio, no abriera un camino á su ambicion mal contenida, presentándole un nuevo porvenir. La voz poderosa de Pio IX proclama en nombre de la iglesia principios de libertad y de fraternidad. Toda la Italia se estremece, la Lombardia y la generosa Venecia enarbolando el pendon de independencia, y la marcha de los acontecimientos parecian asegurar la próxima reconstitucion de la Península Itálica.

Lo demas pertenece á la historia del día; la batalla de Goito, la toma de Pesquina, los combates de Somma Campagna, la retirada del ejército italiano, Milan espuesta á la crueldad de los austriacos y el armisticio que terminó la primera parte de esta fatal campaña, la batalla de Novara, finalmente, que inutilizando de un golpe todas las operaciones cambió por mucho tiempo tal vez el porvenir de Italia.

Cárlos Alberto supo ser grande en la grandeza misma de su desastre *Lasciatemi morire*, decia el general romano Durrango que poco despues caia peligrosamente herido, y así hablando las balas silvaban en torno del generoso monarca, que diera allí fin á su existencia si no le arrastráran fuera del campo.

Cárlos Alberto jugó la corona en aquella batalla; en la imposibilidad de poder sostenerla jamás con honra, prefirió abdicar condenándose á un ostracismo voluntario, abandonando la Italia y adoptando el título de conde de Varge. Oporto fué la ciudad á quien tocó recogerle, en su seno y recibir el último suspiro de aquel que tantos habia dado por la felicidad de su patria: el 28 de julio de 1849 terminó la vida de Cárlos Alberto: aquel día fué de verdadera consternacion para Oporto, en cuya ciudad como en toda Europa habia logrado las mayores simpatías. Los restos mortales del infortunado Rey han sido trasladados á su patria: los periódicos se estienden largamente hablando de los testimonios extraordinarios del profundo respeto con que han sido recibidos en su pais natal y de las ceremonias solemnes que se han celebrado por el reposo eterno del alma de Cárlos Alberto.

Las babuchas de Abd-el-Kassem.

Existia tiempos pasados en Oran un hombre llamado Abd-el-Kassen, que era tan avaro como rico, y tan rico como avaro. Con esto ya no hay necesidad de añadir que la miseria de este hombre se hacia estensiva á las cosas mas pequeñas, y que se privaba, como todos los de su especie, hasta de lo necesario. Tenia, entre otros objetos de su uso personal, un par de babuchas tan viejas y tan repetidamente remendadas, que daba grima ver los piés de tan honorable musulman, caminar encerrados en semejante calzado. No es esto todo: se hallaban tan claveteadas de tachuelas, tan reforzadas de herraduras las suelas de las susodichas babuchas, que debian de haberse convertido, para su dueño, en una carga de las mas incómodas. No hubo de necesitarse mas para que se hiciese proverbial tan memorable calzado: así que no se juraba, en Oran, sino por las babuchas de Abd-el-Kassem.

Empero, acaeció un día que nuestro avaro se fué al baño con otro musulman, uno de sus mayores amigos, á quien, queriendo jugar una burla á su compañero, le ocurriera cambiar de sitio las babuchas de Abd-el-Kassem con las del cadí, que estaba bañándose en el propio sitio. El cadí, hallando, al salir del baño, en lugar de sus ricas babuchas de tafete amarillo, el calzado demasiado conocido de Abd-el-Kassem, no dudó, ni un momento, en que hubiese sido éste el que hubiese cometido, por codicia, semejante robo. El magistrado furioso, hizo que corrieran inmediatamente en pos del avaro, que iba alejándose muy tranquilo, contentísimo con su buena fortuna. Se apoderaron de él, y á pesar de sus gritos, lo condujeron hasta el pretorio. El desgraciado se apresuró á protestar de su inocencia y á devolverle las babuchas al cadí; pero éste, le hizo administrar, sin perder rípió, cincuenta palos en la planta de los piés, con el fin de enseñarlo á que no equivocase otra vez de calzado, condenándolo, además, á una multa de diez duros, en beneficio de los pobres; despues de lo cual lo despidió diciéndole:

—Dale gracias á Allah y á su profeta de haber librado tan bien... y acuérdate de que hay cuatro cosas que pierden al

hombre: la avaricia, la concupiscencia, la cólera y la vanidad.

Al volver á su casa, cuyas ventanas daban al mar, lo primero que hizo Abd-el-Kassem fué arrojar al agua las malhadadas babuchas que le habian valido semejante correccion. Pero hizo la fatalidad que fuesen á caer cerca de la barca de un pobre pescador, y que se detuviesen en su red, cuyas mallas rompieron en mas de un sitio. El pescador, al despertarse, experimentó una singular alegría, al ver que su red pesaba mas que de ordinario: por tal causa, tomó todas las precauciones imaginables para asegurar el éxito de pesca tan milagrosa. Pero, cuál no fué su sorpresa y su desaliento cuando halló, en lugar de la abundosa pesca que esperaba, las despreciables babuchas, cuyo dueño no le era seguramente desconocido. En su despecho, y para vengarse por lo pronto del desperfecto causado en sus útiles, lanzó con toda su fuerza las babuchas de Abd-el-Kassem contra las ventanas de éste, corriendo en seguida á dar queja de aquello al cadí.

Grande fué el asombro de nuestro avaro al volver á hallar sus babuchas, pero lo fué mucho mas grande aun cuando se presentaron en su casa, á nombre del juez, para prenderlo y conducirlo de nuevo al pretorio. Esta vez fué condenado á una multa de veinte duros, la una mitad aplicada al demandante, y la otra á un sermón sobre el desprecio hácia las riquezas. El cadí, amonestándolo, concluyó su arenga con estas palabras:

—Dá gracias á Allah y á su profeta, porque escapas con tanto bien... y acuérdate de que el avaro no saca mas provecho de sus riquezas que si tuviese piedras en sus cofres, y que el rico que no es generoso, se asemeja á un árbol que no dá fruto.

Abd-el-Kassem, pensando en desembarazarse para siempre de un calzado que acababa de serle tan funesto, concibió el proyecto de esconderlo en lo mas profundo de las entrañas de la tierra. Favorecido por una noche oscura, fué con tal idea á enterrar sus babuchas en un jardín contiguo á su habitacion. Pero no era tan oscura la noche que el dueño del jardín, oculto detrás de un naranjo, no pudiese, auxiliado por el resplandor de las estrellas, apercibirse de lejos de las maniobras subterráneas del enterrador, á quien hubo de tomar cuando menos por un hechicero; por lo cual se apresuró á prestar al cadí declaracion de cuanto habia visto.

El magistrado ordenó que se personáran inmediatamente en los lugares; se hicieron escavaciones, é inmediatamente se descubrió, con asombro general, que eran las sórdidas babuchas de Abd-el-Kassem. Nuestro avaro fué conducido, por tercera vez, al pretorio del cadí, que le condenó por violacion de domicilio á 30 duros de multa, y, por añadidura, al vaulero, despues lo despidió diciéndole; por via de consuelo:

—Bendice Allah y á su profeta de librar á este precio... y no olvides que el avaro camina derecho á la indigencia; lleva una vida de pobre aquí abajo, pero en el día del juicio habran de tomarle una cuenta de rico.

Este último golpe colmó de desesperacion el alma de Abd-el-Kassem, haciéndole casi sucumbir al dolor; pero en lugar de considerar este concurso de estraños incidentes como un aviso del cielo persistió en su ceguedad, y se hizo, si cabe, más duro y mas avaro que antes.

Despues de todo lo que hubo acaecido, habia arrojado las malditas babuchas á un rincon, en el terrado de su casa. Pero, el diablo, que nunca se duerme, se aprovechó de esta nueva ocasion para consumir la pérdida de nuestro hombre. Un mono, atado á la azotea de una casa vecina, se apercibió de cuanto habia pasado. El perverso animal, corrió en busca de las babuchas, las cogió, dió con ellas mil cabriolas é hizo mil locuras, tantas, y tan bien hechas, que aquella masa informe viniendo á caer desde el tejado de la casa á la calle sobre la cabeza de un transeunte, lo echó por tierra, y con la fuerza del golpe, lo mató. La familia del difunto hizo proceder jurídicamente contra el dueño del fatal calzado, que se reconoció sin gran trabajo, y Abd-el-Kassem se vió condenado sin apelacion á reclusion por el resto de sus dias, y á la confiscacion de todos sus bienes, parte de los que le fueron entregados á la familia del difunto. El cadí, despues de haberle leído la sentencia, añadió:

—¡Estaba escrito!... Esas babuchas que van á ser quemadas por mano del verdugo, debian convertirse en el instrumento de tu ruina, con el fin de justificar estas palabras del sábio: «Ponemos todo nuestro cuidado en amontonar riquezas en tanto que la muerte se halla mas cercana á nosotros que la costura de nuestros zapatos!...» Glorifica á Allah, señor de dos mundos, y á Mahoma su profeta, que quiera conservarte la vida... y acuérdate de que la avaricia es el castigo del rico; de que la muerte es un trago que deben beber todos los hombres, y de que el sepulcro es una puerta por la que todos tenemos que pasar.

P. E. B.

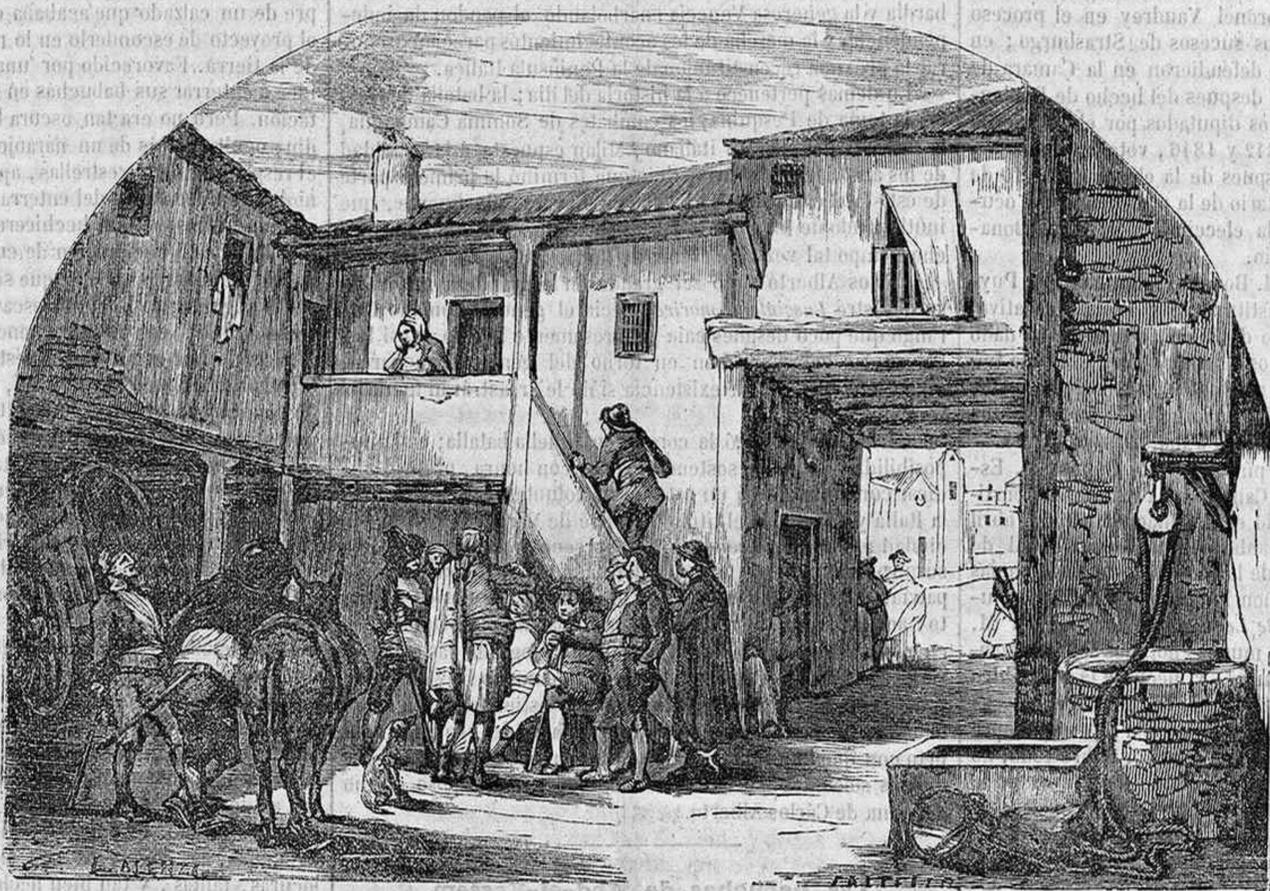
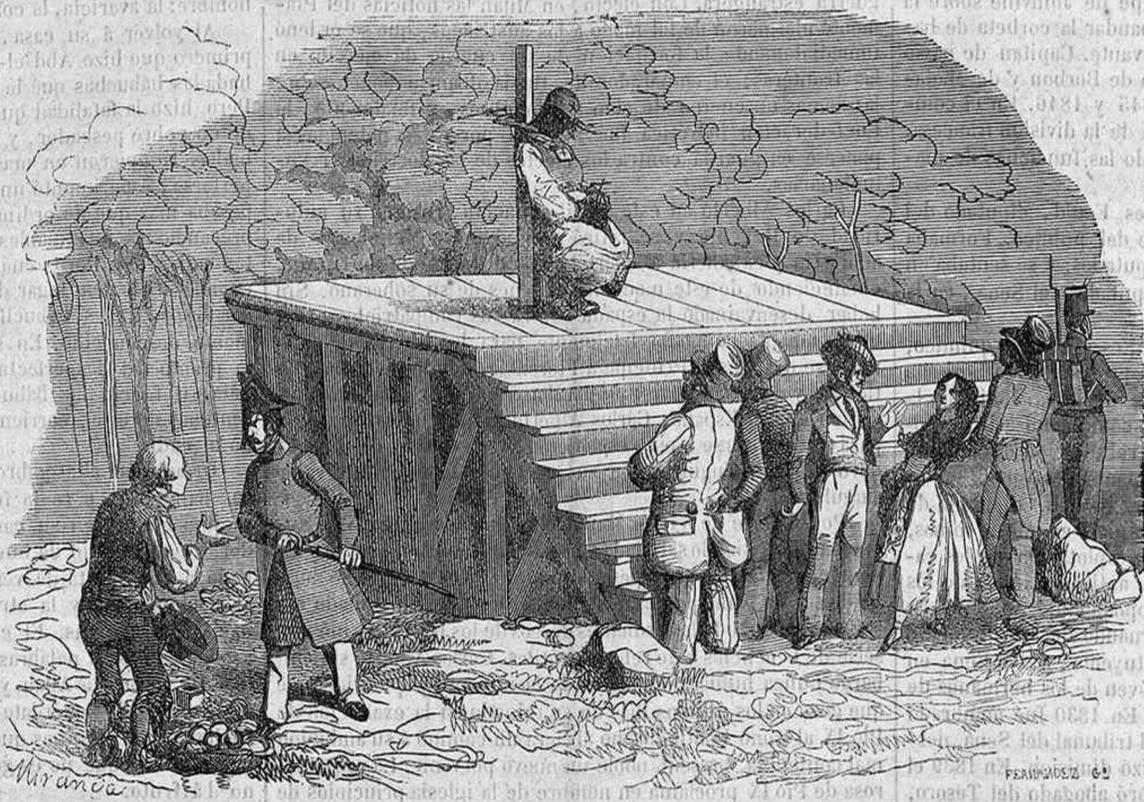
El té en Inglaterra.

Para que nuestros lectores se formen una idea superficialísima del gran consumo que del té se hace en Inglaterra en todas las épocas del año y por toda clase de personas, copiemos los datos numéricos siguientes de un periódico inglés, anunciándonos que quizá mas adelante pongamos en su conocimiento la importancia suma que este artículo egerce, no solo en los estómagos y bolsillos de los isleños, sino tambien en los presupuestos de la nacion. «Durante la última semana, de los almacenes de Londres se han entregado 545,638 libras de té, cantidad mucho mayor que la de la precedente. La entrega total del año hasta el 16 de setiembre ha sido de 29,319,000 libras, en lugar de 26,890,000 que fué la de 1848. Las importaciones han sido de 32,221,000 siendo así que el pasado año fueron de 26,560,000. Y el acopio era en 16 de setiembre de 32,527,000 libras, y en 1848 á la misma época, era de 33,962,000.»

PELIGROS DE MADRID.

Habíamos salido de Madrid á las tres de la tarde. Después de vencidos algunos percances, la diligencia llegó á las nueve de la noche á Ocaña, y á las nueve y media ya nos hallábamos sentados á la mesa redonda de la fonda cuantos emprendimos juntos el viaje. —La conversación se había hecho general y muy animada: los caminos no se han llamado en balde *vías de comunicación*. Allí cada cual trataba de contar lo que sabía... ó lo que esperaba que escitase la risa ó cautivase el interés de sus compañeros de viaje. Habíase agotado ya la historia del *lagarto de Ocaña*, la del *leon de Florencia*. —Se había convenido en que después que murió Larra era absolutamente desconocida en España la verdadera crítica, aunque esto muy de paso y *solo voce* entre dos de los viajeros; no había anécdota de aquella época que no hubiera salido á luz, ni plan de gobierno que no se hubiera censurado: se había puesto en fama la opinión de bastantes mujeres y el talento de algunos hombres; se habían tocado varios lugares comunes de historia y muy ligeramente no muchas teorías científicas; se había convenido en que estábamos muy degenerados y en que la moralidad y la buena fé son contrabando; en que el orgullo es una virtud predominante, y en que la ambición y el egoísmo están á la órden del día, etc., etc., hasta que hubo por último de recaer la conversacion sobre Madrid: sobre aquel punto negro que todos habíamos ido viendo perderse tristemente en el horizonte y del que sin embargo todos empezábamos ya unos á renegar, otros á defender, y otros á maldecir; haciéndole blanco de nuestros diversos sentimientos, porque aunque todos sentíamos haberlo abandonado, ninguno queríamos dejar de disfrazar lo que sentíamos. —Madrid segun unos, era un lugaron; segun otros un paraíso, y segun algunos otros un infierno en el que no había policía ni ornato público, ni edificios notables, ni verdadero buen tono, ni fondas lujosas y económicas... ni nada en fin, y en el que en cambio se veía uno espuesto á mil percances y peligros.

—¡Oh! de eso buen testigo yo, exclamó con voz apenas inteligible á causa de tener la boca llena, un señor ni muy alto ni muy delgado, pero sí de abultadas facciones; uno de esos tipos tan comunes destinados á sostener por sí solo la conversacion, y que tanto en el arreglo de su barba y su cabello como en el de su traje, todo caminaba con un lastimoso retraso de diez años: buen testigo yo, repitió, y con harta desgracia puedo decirlo, puesto que á causa de eso mismo en solos dos dias que he pasado en la corte, acaba de decidirse la suerte de mi vida entera. —Aquí tomó aliento nuestro narrador, suspiró, bebió un poco de vino, apesó entre los dientes media pechuga de gallina; y después de haber contrastado cuanto mas pudo su semblante, continuó. Yo concluí mi carrera de abogado en Valencia hace diez años; al verme ya li-

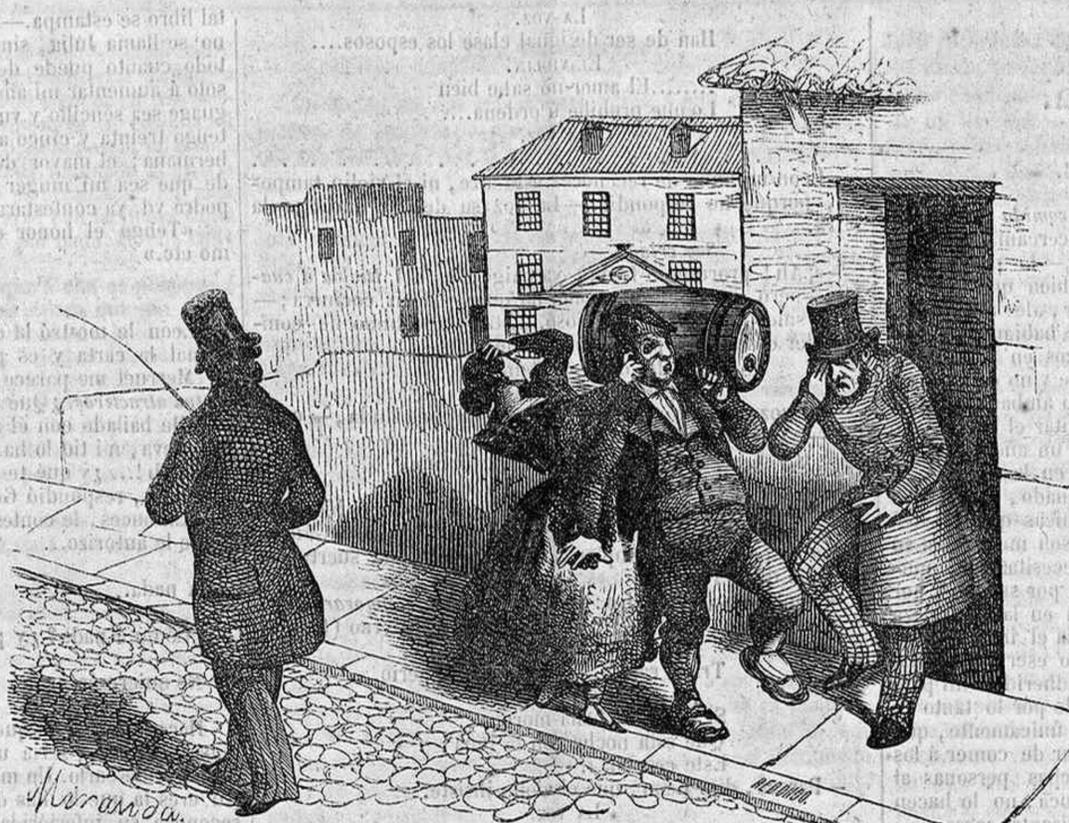


cenciado en leyes, cometí la torpeza de sentar plaza de amante. —Era joven, rico, feliz, y quise hacer á alguien partícipe de mi felicidad... Me enamoré, repito, como un loco, y no sé dónde hubieran ido á parar las cosas cuando á mi padre se le puso en mientes llamarme á su lado al Quintanar de la Orden, pues mi estancia fuera de casa ya no tenía objeto. Callé y obedecí. El amor me abrasaba el alma; juré y me juraron eterna fé, y partí... aunque con un cruel presentimiento que no tardó en realizarse... La casaron!... —Aquí creímos cuantos á la mesa nos hallábamos que se habría concluido la historia, cuando su narrador después de haber puesto á buen recaudo lo que de la pechuga le restaba continuó: —Ocho dias hará que supe por un raro acaso que mi amada, viuda ya, se hallaba en la corte. Aquel amor, para mí, había sido, á pesar de los años, una idea constante, y como el mal no tenía otro remedio que el correr en pos de ella y obrar segun mi voluntad, de la que ya era dueño, entré en una maleta todo el equipo que después de salir de Valencia no había vuelto á ser de mi uso, me metí en la primera galera que hallé de paso, y al tercer dia de formar semejante resolución, ya estaba en Madrid, con el firme propósito de pedirla en casamiento. Mas hubo de entrar en la corte bajo tan mal pie que empecé, porque en aquel dia se celebraba una justicia en las afueras de la Puerta de Toledo, y por lo tanto hubo de verificarse para mí el tan repetido adagio de que me presentaban la horca antes que el lugar. Aparté los ojos de aquella horrible escena y no sé á qué serie de ideas tristes y filosóficas me había entregado, cuando de pronto sentí que la galera había cesado de rodar, que todos mis compañeros de viaje se aprestaban á bajar; en fin, que habíamos llegado al término de nuestro viaje y que nos apeábamos en una dichosa posada de la calle de Toledo. A vds. los que defienden á capa y espada la cultura de Madrid los hubiera querido ver en semejante trance. Era la primera vez que pisaba la corte y el segundo desencanto que recibía; —de puertas á fuera un patíbulo con sus escenas de horrible inmoralidad; de puertas adentro una posada en vez de una fonda; un patio con un hormiguero de gentes de todas las clases mas infimas de la sociedad en lugar de un elegante salon de descanso; una escalera bolada en ese mismo patio para llegar á los cuartos por un inundo corredor y por camareros... ¡Oh! sobre todo las mozas de meson de la corte. —Todos miramos sin osar interrumpir á nuestro narrador. —Creo, señores, en la conveniencia de las posadas, continuó al apercebirse en algun tanto de las miradas que cruzábamos; las posadas con aquel infernal ruido y baraunda podrán ser muy buenas para los arrieros y traginantes; pero para el hombre que trate de darse decoro, para el hombre enamorado que debe de ser esclavo del lujo de la ostentacion que tanto halagn el amor propio — de las mugeres es necesario convenir

que no son.—Pedí si bien á mi despecho, un cuarto y me vestí y comí, aunque no tan pronto que cuando concluyera no hubiese ya oscurecido. La noche estaba lóbrega y cargada de nubarrones: yo tengo la vista bastante debilitada y sobre todo no era nada fuerte en andar por aquellas calles en que aquí tropezaba, en que allí chicheaba á alguno que tomaba por paisano, ó ya me chicheaban desde alguna reja ó desde la acera de enfrente, distrayéndome la atención, haciéndome volver pies atrás ó cruzar la calle para concluir por echar una maldición mas á la policía de la corte que me hacia perder tanto tiempo, regalándome en cambio con tantas ideas desconsoladoras acerca de nuestras costumbres.—Cansado ya por fin de tantas idas y venidas y de ver que á aquel paso no llegaría en toda la noche á donde me esperaba tanta felicidad, formé mi resolución definitiva, crucé á la acera opuesta para llevar la derecha y marchar mas aprisa y desembarazado pléglándome á las costumbres que habia oido decir que en la corte se observaban, cuando quiso mi mala estrella, que en mi precipitación chocara mi frente con la cuba de un aguador que habia formado el mismo empeño que yo, aun cuando no con igual derecho, pues que traía la izquierda, que aquella cuba diera de retorno en la frente de una mujer que venia en pos del aguador; que la mujer tratara de arañar al aguador y el aguador de defenderse de la mujer y yo de mediar, y la gente en acudir, y que se menudearan las vias de hecho y se alzara una infernal algazara, hasta que viendo el pleito tan mal parado y que los agentes acudian para recoger los restos del combate, y no queriendo que me convirtieran en confesor despues de haber sido mártir me zafé de la mejor manera que pude del grupo y no creyéndome en bastante seguridad me dí á correr por la calle adelante asídome á las *hebillas de Diego*.—Mas en este mundo como dé en perseguir la desgracia de veras, es imposible libertarse de ella. Yo corría, es verdad, pero al zafarme de un peligro, caí en otro mayor; porque al correr, empujé á unos y derribé á otros, unos murmuraron y otros gritaron, hasta que por último dieron en decir *¡á ese! ¡á ese!* y los perros á correr detrás de mí, y las puertas á cerrarse á mi paso, hasta que ya vi un portallon abierto y traté de ganarlo; empero un lacayo ó portero de enorme librea intentó impedírmelo, los perros en mordirme los talones, y yo en gritar, y otros en amenazarme hasta que sin saber cómo ni cuándo caímos todos revueltos y muertos de angustia, de rabia y desolacion en aquel campo de Agramante, yo sacudiendo al portero, este coceándome, y ambos siendo pasto de los canes; y todo por qué? Contéstennme los que les cumple la vigilancia de los bandos!... Yo no que no sé cómo hube al fin de desenredarme de aquella fatal madeja, roto y estrujado, rendido y dado al infierno.

Señoras, lo que les voy contando á vds. es una historia aun cuando, por lo lastimosa vaya presentando visos de fabulosa é inverosímil, y digo—vaya presentando—porque aun no ha comenzado el verdadero relato de los suplicios que he pasado en solos dos dias que repito he permanecido en la corte.

Aquí el narrador colocó en su plato una perdiz sin duda con el objeto de trincarla; empero que, olvidado del dicho objeto en el calor de la narracion, hubo de dar fin con ella, sin



duda para conllevar tantos embates y sufrimientos. Entre bocado y bocado, continuó:

Las diez de la noche serian cuando llegué por fin á llamar á la puerta de mi viuda.—Está la señora... pregunté.—No señor.— Volverá pronto?—No sabemos; ha ido al teatro—Al teatro?...—¿Pues y el luto? ¿y los sentimientos de humanidad? ¿y el decoro al difunto? y las buenas costumbres?... Mas vean vds. lo que es el corazon humano. Todas estas consideraciones que me iba haciendo al bajar la escalera, formando un paralelo entre los hábitos de mi pueblo y los de la corte, en cuanto pisé la calle y se me refrescó algun tanto la cabeza, fueron para mi corazon otros tantos latidos de alegría; porque quien tal procuraba divertirse no sufriria mucho por el muerto, y quien no sentia mucho por el muerto, claro es que tendria mas sentimiento de que disponer en favor de los vivos.—Ya suponen vds. que yo no dirigiria á otra parte mis pasos que á donde me habia dicho que se hallaba el único objeto de mi viage. No obstante, estaba escrito que todo habia de salirme mal: ni una entrada habia en el despacho de billetes, ni á mí me quedó otro recurso que el esperar á que se concluyera la funcion paseándome en la calle, mas como el esperar solo era pequeño martirio para quien habia corrido sin aliento desde

el Quintanar á Madrid, quiso el cielo empezar á mandar á cántaros el agua que durante toda la noche habia estado amenazando caer. En esto habia empezado á salir la gente, los coches á moverse y á ponerlo todo en movimiento; y yo á andar de aquí para allí, mirándoles á todas las mujeres la cara á la distancia de mis narices, sin cuidarme mas de las exclamaciones á que daba lugar que de los epitetos con que me regalaban. Todas las mujeres se me figuraban que era ella, y sin embargo, ella no salia; ya casi no quedaba nadie en el teatro... pasó un momento y ví que iban á cerrar la puerta, y entonces ya, triste, desconsolado, sin aliento y sin saber qué partido tomar, ocurrióseme la idea de echar á correr la calle adelante para ir pasando otra vez revista á todas las caras.

A. MARIN Y GUTIERREZ.
(Concluidá).

Paralelo entre ambos sexos.

Existen diferencias bastante notables entre las niñas y los niños: los niños no son exactamente hablando hombres pequeños, no participan de ninguno de los gustos, de ninguno de los intereses que mas adelante han de concluir por ocupar su existencia; pero las niñas poseen ya todas las gracias y todas las coquetterias de la mujer;—una niña no es sino una mujer pequeña;—una mujer que para verla solo hay que fijar en ella un catalejo;—se podria casar á una niña de seis años sin causarla admiracion;—una niña de seis años está dispuesta á casarse.

El color de los cabellos.

Apolo tenia cabello rojo, como Jesucristo y como santa Maria Magdalena—La avara naturaleza que ha ocultado las pedrerias en el seno de la tierra y las perlas en el fondo de los mares, ha hecho que sean muy raras las cosas que son mas bellas.—La rareza de los cabellos rojos basta por sí sola á dar una idea de su mérito.—Solo dos colores hay en el cabello:—el negro y el rojo.—El rubio es al rojo, lo que el castaño es al negro; el rubio es el rojo falto é incompleto. El rojo es el color del oro y del fuego,—del oro, el mas precioso de los metales; del fuego el mas poderoso de los elementos.

GENOVEVA.

POR

ALFONSO KARR.

CONCLUYE EL CAPÍTULO VII.

—Los Sanlecque daban aquel día una comida *hostil*. Habían convidado a muchos vecinos de las cercanías á la par que á varios amigos de París; se trataba,—lo propio que acaece en otras muchas comidas—mas bien que de distraer á las personas que iban á recibir, de abrumarlas con la opulencia de la casa. Así que, se habían desplegado todas las velas. Se mostraban prodigios en vajillas,—en maravillas de porcelana,—en botellas de vino de Burdeos que M. Sanlecque sacaba por sí mismo en ambas manos, y cuidando de contener el aliento para no agitar el fondo;—en legumbres y frutas que se presentaban con un año de antelación.—Hay casas en que no se come nada en las estaciones, es decir, cuando está todo sabroso y sazonado, lo cual es una de las mayores necesidades gastronómicas que pueden imaginarse. Además de que las legumbres son mejores en su madurez, y que ciertos platos delicados necesitan ser anunciados y rotulados para que no se los tome por su gusto por una sola y única yerba sin sabor; existen en la naturaleza armonías en las cuales es una imprudencia el introducir la menor variación. (De ningún modo quiero escribir con tal motivo veinte páginas, cuyas letras se han adherido á mi pluma al mojarla ahora en el tintero;—sacudo por lo tanto la pluma y tomo tinta en otro lado.)—Diré únicamente, que en las mesas, se debe procurar mejor dar de comer á los convidados que asombrarlos, y que muchas personas al darnos *guisantes verdes* en determinada época, no lo hacen con otra intención que con la de darnos *guisantes caros*.

—Los salones ostentaban una magnificencia suma.—Leon pensaba en Genoveva, y no gozaba de aquello que no compartía con ella;—pensaba en los muebles de nogal, en el espejo de marco de madera;—comparaba con las arañas, con los candelabros dorados y cargados de bujías, el humilde candelero de cobre amarillo y la vela de sebo que alumbraba á Genoveva;—pensaba en Genoveva comiendo sola los restos de la comida del día anterior, en la mesita de nogal, y bebiendo mal vino agüado.—Tales pensamientos no le permitieron probar ninguno de los fritos de las segundas entradas. Todos hablaban, la conversacion era viva y animada, algunas veces se dejaba llevar Leon por la gracia de alguna agudeza;—pero, al instante, le parecia entrever la fisonomía triste y pensativa de su hermana, y la sonrisa moria en sus labios, mustia y yerta.—Concluida la comida, pasaron á los salones.—Todas las mugeres se mostraban frescas, sonrosadas, felices,—y Leon pensó en Genoveva cuyo color habia sido reemplazado por la palidez;—pensó en Rosa,—la que, sin duda alguna, no pensaria en él,—y en cuyo torno, mariposearian probablemente, en aquel momento, algunos elegantes, como en torno de todas aquellas mugeres que tenian á la vista. Se retiró solo á una ventana en una salita retirada, abrió las maderas y contempló las estrellas; la noche estaba magnífica.—Allí se dejó arrastrar por sus ensueños;—pero no tardó en verse sacado de ellos por los sonidos de un instrumento,—un violín,—pero lo que en él se ejecutaba no era precisamente música,—era una serie de posturas nuevas y de aires conocidos; tocó primero:

Todo en el valle es sombra, etc;—prestó atencion y en seguida comenzó por: *Despierta dormida hermosa*.—Siguió atendiendo, y despues de tales intervalos,—ejecutó.—*Venid, venid en mi ayuda*, y *Venid gentil señora*. Leon no pudo ya dudar entonces de que aquellos aires no eran tocados sino para recordar á alguien la letra de semejantes sonatas, y de que aquello no fuese sino un medio de que se valian para dialogar desde alguna distancia sin llamar la atencion.—En efecto, no tardó en ver aparecer una luz en una ventana enrejada, en lo mas alto de un edificio que dominaba el jardín; el violín, oculto entre las lilas, á los pies del muro, ejecutó entonces:—*Oh Zelia mia!*—Inmediatamente respondió una voz de muger: no cantando letra alguna, sino tarareando los aires, cuyas letras conocidas respondian perfectamente á las del violín. Por la cualidad de la voz, el aspecto de la ventana y sobre todo por el inmenso conocimiento de aires nuevos, y por la vulgaridad de algunos, debía ser aquella muger alguna modista ó cocinera.

Por lo demas hé aquí quizá lo que se decian.—Era un diálogo sin palabras, pero muy completo y á lo sumo inteligible. Imposible me es hacer aquí otra cosa que reproducir las letras de las canciones que se dejaban percibir alternativamente.

EL VIOLIN, *entre las lilas*.

Una fiebre abrasadora etc., etc.

LA VOZ, *á través de la reja*.

Fiad de los hombres en vanas palabras, etc.

EL VIOLIN.

Te amo tanto, te amo tanto...

LA VOZ.

Callad, callad, que no os creo...

EL VIOLIN.

Tu, cuyos ojos me matan...

LA VOZ.

No te daré la rosa...

EL VIOLIN.

Es mi tesoro tu acento...

Apuesto pensó Leon, al oír este aire de Gatayes, á que ella no sabe lo que quiere decir. En efecto, la voz cantó otra vez: *No te daré la rosa*.

EL VIOLIN.

Si quieres, bella morena,
que esta noche con la luna...

¡Hola! ¡hola! exclamó Leon, el joven se va tornando atrevido.—

LA VOZ.

Los ojos negros son bellos,
Mas yo adoro los azules...

Ella rechaza, pensó Leon, la calificación de morena.

EL VIOLIN.

Largo tiempo corrí el mundo

Rubias amando y morenas...

Parece que esto le es igual; efectivamente tiene razon.

LA VOZ.

Han de ser de igual clase los esposos...

EL VIOLIN.

.....El amor no sabe bien

Lo que prohíbe á ordena...

LA VOZ.

Leon no hubo de reconocer este aire, ni el violín tampoco, porque no respondió.—La voz se decidió á cantar la letra.

Soy criada.

—¡Ah! prorumpió Leon, ya caigo, es del *Diablo á cuatro*,—pero, en la pieza, *criada* no quiere decir cocinera;—lo mismo da, esto es ingenioso. Esta vez ya hubo de comprender el violín;—porque respondió:

El brillo de la diadema

No atrajo mi corazón, etc.

La voz creyó que debía emitir aun una duda,—cantó:—

¡Mas ay! que quiso engañarme,

El que acertó enamorarme...

Esto me recuerda que mi padre, Enrique Karr, hizo una fantasía para piano sobre el mismo aire de madama Gail,—y que despues vi un ejemplar caricaturado de esta suerte por la mano de Herold:

—Fantasía sobre el aire:—*El que acertó á enamorarme*.

POR ENRIQUE CUATRO (1).

LA VOZ.

Triste razon, rechazaré tu imperio...

EL VIOLIN.

Si quieres, bella morena,
Que esta noche con la luna,
Este cespéd...

—Parece, dijo Leon, que el violín insiste.

LA VOZ.

Es tarde, voy con mi madre.

Adios, vida mia, adios...

EL VIOLIN.

Si quieres, bella morena,
Que esta noche, con la luna,
Este cespéd...

—Está visto que el violín es obstinado.—Lo que es tambien tan evidente como su obstinacion es que está enamorado;—halla un indecible encanto en ejecutar estos aires.

LA VOZ.

No hagais ruido, no hagais ruido...

—Parece que va á bajar.—¿Pero qué es lo que sucede en el jardín?—Resuenan pasos en la arena de los paseos.—El violín toca precipitadamente:—

.....Estad prevenida

Que la dama blanca os mira...

—Hablan alto en el jardín; es la voz de M. de Sanlecque.—El violín no era otro que el discípulo de Leon;—lo obligaron á entrarse.—

Al día siguiente recibió Leon una carta concebida en estos términos:

«Caballero:
«Una cosa que hemos descubierto, y nos ha ocasionado el disgusto de ver evadirse aun otra vez mas á nuestro hijo de los planes que habiamos concebido acerca de su educacion, mirando por su felicidad, nos obliga á anticipar la época de sus viages. Así que, de hoy en adelante habrá de verse tambien privado por lo tanto de sus lecciones de vd. Reciba á la par que mi sentimiento por ello, la seguridad de mi particular consideracion.»

SANLECQUE.»

VIII.

Una mañana, llevaron un enorme ramillete para Genoveva; al día siguiente, otro ramillete no menos precioso; al día inmediato, un tercer ramillete con una carta. Genoveva le entregó la carta á su hermano; leias en ella:

«Todos los días la veo á vd., señorita, y observo que, sin pensar en ello, agrava vd. inocentemente males que no puede compadecer y que nunca deben ser por vd. sabidos, etc.»

La carta estaba firmada por un tal CARLOS MERRUEL, que á continuacion estampaba la direccion de su sobre.—Leon le contestó:

«Caballero.
«Vd. ha escrito á mi hermana y esta me encarga le conteste á vd.:—con esto solo comprenderá cual ha de ser la respuesta. Mi hermana no recibe ni cartas ni ramilletes de un hombre á quien no conoce. Permitame vd. que le añada, de parte mia, que es bastante bonita para que se le escriban cartas espresamente para ella. Por lo demas, caballero, ¿á qué viene el pedir vd. una respuesta?—podria vd. hallarlas de todas las formas apetecibles, de la propia suerte que sus cartas,—en la *Nueva Eloisa* de Rousseau; y semejantes respuestas por lo menos serian de un estilo igual al de sus cartas, lo cual ya ve vd. que no lo podian esperar de mi hermana,— que no se llama *Julia*.—»

LEON LAUTER.»

IX.

M. CARLOS MERRUEL á M. LEON LAUTER.

«M. Leon Lauter: vd. se permite mofarse de mí y quizá tenga razon para ello; no obstante, sírvase vd. dispensarme el que pase á explicarle mi modo de obrar. Este invierno he tenido ocasion de ver muchas veces á su señorita hermana; habiéndome prendado tanto de su aire de dulzura y de candor, como de su belleza.—Soy comerciante, y me figuré que no habia de saber escribirle á una joven una carta capaz de predisponerla en favor mio. Así que, pensando en su señorita hermana, no me ocurria otra cosa que decirle que esto mismo que á vd. le digo hoy: «Tengo treinta y cinco años, soy casi rico, amo á su señorita hermana; el mayor deseo que abrigo en mi corazón es el de que sea mi muger y el de que sea feliz por causa mia.» En mi apuro, abrí el libro que pasa por ser el que contiene las mas elocuentes frases de amor, y lo he copiado, tan perfectamente copiado, que segun parece no me cuidé de cambiar el nombre que en el

(1) En el original francés tiene este equivoco la gracia que le prestan las aconaciones de la pronunciacion de las palabras *Karr* y *Quatre*: en la traduccion ha quedado sin ninguna. Sin embargo, preferimos esto á suprimir, ni á variar en nada el original.

tal libro se estampa.—Sé muy bien que su señorita hermana no se llama *Julia*, sino *Genoveva*; he sabido acerca de ella todo cuanto puede desearse saber, y todo ha contribuido solo á aumentar mi amor. Hoy por lo menos, ya que mi lenguaje sea sencillo y vulgar, hablo por mí mismo y le repito: tengo treinta y cinco años, soy casi rico, amo á su señorita hermana; el mayor deseo que abrigo en mi corazón es el de que sea mi muger y que sea feliz por causa mia. Ahora podrá vd. ya contestarme sin remitirme al libro de Rousseau. «Tengo el honor de ofrecerte, M. Leon Lauter, como etc.»

C. MERRUEL.

X.

Leon le mostró la carta á Genoveva y la dijo: Hoy es ya formal la carta y es preciso contestar con seriedad. Este M. Merruel me parece un excelente sugeto, muy prendado de tus atractivos. ¿Qué quieres que le responda? Le conoces? —He bailado con él algunas veces este invierno, contestó Genoveva, ni tío lo ha nombrado en mi presencia.

—¡Ah!... ¿y qué te parece? —Bien, respondió Genoveva con indiferencia. —Entonces, le contestaré que su peticion es muy honrosa y que le autorizo...

GENOVEVA.

A nada.

LEON.

¿Cómo á nada? ¿y por qué?

GENOVEVA.

No quiero casarme.

LEON.

Haces mal; si lo que dice Mer uel es cierto, y todo inclina á creerlo, seria un matrimonio tan feliz cuanto para tí podria desearlo. Un marido joven; con una figura agradable (tú eres la que lo has dicho), rico, enamorado de tí, que reconoce su inferioridad y que se halla enteramente dispuesto á vivir ante tí de rodillas, es imposible que aun cuando se le hubiese mandado hacer lo hubieran hecho mejor. Genoveva no respondió; Leon continuó en un tono mas grave.

—Genoveva, estoy seguro de que mi madre aprobaria este casamiento y daria por él gracias al cielo.—Sé razonable, mi querida Genoveva; me conceptuaré tan dichoso viéndote al fin rica y brillando... Preciso es que sean tan grandes las ventajas que se presentan, Genoveva; de otro modo, no me obstinaria hasta este punto por una cosa que tantos disgustos ha de acarrear. ¿Cuán solo y desconsolado quedaré cuando abandones nuestra reducida habitacion, cuya felicidad toda constituyes tú sola! ¿A qué he de hablar de Rosa?—Porque vendrian á llenar tu corazón nuevas afecciones;—tendrás hijos y marido.—No necesito acaso triunfar, antes de decidirme á casarte, de un sentimiento extraño, inconcebible; ¡oh! muchas veces me ha ocurrido pensar en ello;—habrá de ser para mí un día muy cruel aquel en que haya de entregarte, á tí, á mi hermana, tan tímida, tan inocente,—al amor de un hombre,—quizá corrompido por el vicio, y que no sabrá respetar ni esa inocencia, ni esa timidez; á un hombre que, hoy, no es nada, y que, dentro de muy poco, será mas que yo; á un hombre que podrá hacerte llorar, y decirme á mí, á tu hermano, que te ama desde hace tiempo: ¿Y vd. que tiene que ver en esto?

Alberto entró.—Genoveva no se atrevió á decirle á Leon que no hablase ante él de lo que acaecia.

LEON.

Llegas á tiempo;—lee esta carta.

ALBERTO.

Me parece bien;—¿y qué dice á esto Genoveva?

(Genoveva se inclinó sobre su bordado.)

LEON.

Genoveva rehusa.

ALBERTO.

Hace muy mal. Conozco á Merruel,—es el mejor sugeto del mundo; cuanto promete en la carta, lo cumplirá;—Genoveva escitará la envidia de todas las mugeres.—Es muy modesto al decir «casi rico;» Merruel posee mas de ochocientos mil francos.

LEON.

Oyes, Genoveva (Genoveva se inclina aun mas;—siente despedazársela el corazón; Alberto no esperaba ni aun esa sensacion de disgusto de que poco antes hablaba su hermano al verla pasar á los brazos de un marido).

ALBERTO.

Querida Genoveva,—creo que tú no habrás manifestado hasta ahora sino la repugnancia que toda muchacha cree debe manifestar respecto del matrimonio;—te felicito por la oferta de Merruel; es un hombre circundado de redes y de asechanzas por los señores mayores y por las jóvenes.—En cuanto penetra en una sala ya se estan volviendo hácia la puerta los sombreros amarillos de las mamás;—cuando baila con una joven, aquella joven le habla de lo parco de sus deseos, de su amor á la vida del campo y por los alimentos mas sencillos. Serás feliz y harás trinar á todas tus amigas.

Genoveva no fué dueña de prorumpir en llanto;—¡Alberto insistiendo en casarla con otro!...

ALBERTO.

¿Qué es lo que tienes, Genoveva?

LEON.

Cuando tu entraste hacia ya una hora que estábamos hablando de M. Merruel:—habíame ya suplicado que dejara de hablarla acerca de este asunto, y la estamos contrariando.

ALBERTO.

Sea, Genoveva, y ya que no quieres que hablemos acerca de tu casamiento, hablaremos del mio.

LEON.

¿Del tuyo?

ALBERTO.

Del mio.

(Genoveva siente pasarla por el cabello un escalofrio mortal; en seguida alza los ojos al cielo para pedirle á Dios fuerza y valor)—Alberto continúa:

Me caso con 250,000 francos;—lo cual no es mucho para restablecer mis negocios que tan mal parados me dejó el bueno de mi oficial mayor.

LEON.

Yo te creia aun muy enamorado de Eleonora.

ALBERTO.

Eleonora,—á fé mia que no sé á punto fijo donde se ha-

lla,—asi como tampoco mi señor oficial mayor.—Ella lo habrá seguido sin duda alguna;—no me siento con fuerzas bastantes para luchar con semejante rival:—30,000 francos en tres meses!—no la habrá rehusado nada, como nada le costaba el dinero: diamantes, carruaje, etc.—Yo, solo poseia mi amor, y aun de esto no mucho.—Me siento muy inclinado al matrimonio; no siento nada absolutamente el abandonar mi vida de soltero: mi mujer habrá de apoderarse con facilidad suma de un corazon que no se halla ocupado por nada: en ella consistirá el haber de conservárselo.

Venia á buscar á Geneveva, porque á ella es siempre á quien recorro en las grandes ocasiones, para que me auxiliase en las compras que voy á hacer. Debía de haber salido conmigo mi hermana; pero cuando la dije que íbamos á venir aquí cambió de parecer. Está enfadada por ventura con alguno de vosotros? Pero esto no debe causarnos la menor inquietud: es tan voluble Rosa, que lo mejor es estar siempre reñido con ella; hay la seguridad de esperar pronto un cambio, y no debe uno inquietarse por ello en lo mas mínimo.

Hoy es domingo; saldremos los tres, andaremos un poco por las tiendas, y despues os llevaré á casa, en donde comeremos.

El negarse Rosa á ir á verlos exasperó á Leon.

—Cómo! en lugar de buscar Rosa ocasiones para tratar de disculpar su conducta, posteriormente á la última reunion en que se hallaron, los evitaba, las menospreciaba! Pretestó que tenia que hacer, dijo que no podria acompañar á Alberto; pero que le confiaba á Geneveva, rogándole que por la noche la acompañase á su casa.

GENOVEVA.

Pues nada habias hablado de semejantes quehaceres.

LEON.

Sin embargo, no por eso son ni menos ciertos,—y sobre todo menos inevitables.

GENOVEVA.

Y ni aun podrás ir por la noche?

LEON.

Imposible.

GENOVEVA. (En voz baja.)

Yo te lo ruego, Leon.

LEON. (En voz baja.)

Sabes, Geneveva que nunca se negarte nada?

GENOVEVA.

A Dios, Leon.

Y al bajar la escalera se apretaba Geneveva las manos, exclamando interiormente:—Ah! madre mia!—mi querida madre, por ventura han de ser desgraciados tus dos hijos....!

(Continuará.)

Creemos que por lo original ha de agradar á nuestros lectores la siguiente carta, que traducimos de un periódico inglés.

Carta de Claudio Bradi á su hermana, con motivo de su casamiento.

Sobre los deberes y felicidad de la vida doméstica.

Querida hermana;

Antes de casaros procurásteis agrandar y lo habeis conseguido, y pues que ya lo consultásteis con la almohada sea enhorabuena.

En adelante no debeis pensar sino en vos misma. Presentaos por la mañana en completa negligé cuando haga frio; porque es una necesidad penosa el vestirse; si hace calor, porque es una fatiga insostenible. Guardad los papillotes siempre que os desayuneis, y conservad la camisola si la tenéis. A no ser por una visita no os quiteis la bata en todo el dia. Los maridos realmente no lo son, la muger de buen tono no se afana sino para su comodidad.

Estoy muy lejos de pretender que debais descuidar los adornos. ¡El tocador! esta es la vida de la muger. Comprad cuanto encontreis mas bello y mas precioso. No reparéis en el precio: esta es la obligacion del marido; él es quien paga. Si un vestido ó un chal os agradan, hacedlo llevar. Si un adorno, una cinta, una joya os seducen; compradlas. El marido se enoja; entonces los volveréis las espaldas. Refunfuñar; y vos llorareis. ¿No sabeis llorar? ¡esto me pone en cuidado, Claudina!

Tened presente, hermana mia, que todos vuestros adornos y sonrisas son para el mundo y no para el marido. Renovad el adorno de las habitaciones tantas veces como podais; y todos los meses exigid un péndulo ó mueble nuevo. Vuestro antiguo piano os debe enfadar; así desbarbarados de él. Si el marido os ha dado ajuar, decidle que el color y la forma ya no estan de moda; y si no hay medio de que os satisfaga en esto, enojaos. Siempre que vuestros deseos sean mayores que sus facultades, gritad, llorad, y traedle á la memoria los excelentes casamientos que habrais podido hacer.

Nunca sonrisas; nunca con buen semblante ó de buen humor sino para los demás; hacedle creer cuantas veces podais que toda su riqueza os la debe. Nada de economías; comprad de lo mejor, y reunid todo lo que encontreis, y cuando os pida el marido á cualquiera hora que sea, responded, buen repuesto tenemos. Poneos mala pero con mimos; tened males de nervios, sobre todo cuando el marido os contrarie, es decir, cuando procure entrar en razones. Ponderad el menor dolor, y exigid el médico á la moda. Es muy lindo estar mala, es muy interesante, y los hombres enloquecen con ello; si esta gracia os falta, menester es dárosela. Una confidente os hace falta, y esta será, querida hermana, quien os perfeccionará en el grande arte de impacientar á vuestro marido. Fijad en la cabeza tan grandes principios, y no olvidéis que una muger, solo dá honor á su sexo, cuando se apropia todos los derechos, y el mas sagrado de entre ellos, el de hacerlo todo para sí misma y nada por los demás.

CLAUDIO BRADI.

Los conciertos.

Yo divido en dos clases esas cosas á que suelen dar el nombre de *placeres*;—placeres que me divierten y placeres que me fastidian: doy la preferencia á los primeros, y me resisto tenazmente á los segundos.

Esto, á primera vista, habrá de parecerles á mis lectores, una vulgaridad de las mas crasas. ¡Sin embargo! léanme de buena fé, y verán si no concluyen por opinar de la propia suerte que nosotros. No necesitan para ello sino repasar en su memoria los dias de la semana última, y ver si han consagrado en ella alguna noche á cualquier placer que los haya aburrido soberanamente.

Suelo concurrir á los teatros, aunque cada vez con menos frecuencia,—pero á los conciertos nunca.

Hoy dia los pianistas acostumbran tocar mas para la vista que para el oido,—y sacuden sobre el piano como si temieran que no se supiese que es de madera. El mismo célebre M. Litz, hace morir á sus manos un piano, casi todas cuantas veces toca.—Ultimamente, sabemos que ha tocado de pié:—esperamos saber que se nos diga en breve que ha tocado echado.—¿Qué han de hacer en efecto, ciertos pobres diablos si los elogios los pierden?—No ha mucho que le oímos decir, á un hombre, que por lo demas suele hablar de ordinario con talento,—que le gustaba ver á un pianista *jadeante*. Con frecuencia suma suele ocurrirle, al ya mencionado M. Liszt,—cuando acaba de ejecutar alguna de sus piezas de ese genero,—concluir por dejarse caer inanimado sobre el piano. Esto para algunos es el colmo de la sublimidad.

Un compromiso de cierto género particular, hizo que me hallara no ha muchos dias en una casa, á la cual presentaron un fenómeno:—un niño de doce años muy fuerte en el piano.—Sentóse y comenzó á tocar, siguiendo imperturbablemente, tocando durante mas de una hora,—sin que sirvieran á hacerlo parar los aplausos que no tenian otro objeto que el que lo dejase, y que él tomaba por otras tantas demostraciones encaminadas á hacerlo continuar. En vano decian:

—¿Qué niño tan precioso! ¿á qué hora suelen acostarlo?

No paró hasta que concluyó el trozo que estaba tocando, si es permitido llamar trozo á lo que tocó, porque no sé de entero alguno á que puede pertenecer aquella parte.

Algunos, á quienes no nombraré, hubo tambien que exclamaron:

—¿Oh! me gustaba mucho mas al principio.

—¿Y por qué?

—Porque el niño tenia entonces menor edad.

Hay pocas cosas á que deba yo tan gratas sensaciones como á la música; pero concluiré por no querer oirla nunca, á causa de los diferentes ruidos enojosos,—con que suelen verme aturrido de vez en cuando con el pretexto de que es música.

A mí, únicamente me ofrecen atractivos esas ligeras melodías, francas,—verdaderas,—que me adormecen el ánimo y me hacen soñar.—No recuerdo nunca haber gozado tanto como no há muchos dias, al oír cantar á una voz dulce, simpática, tierna,—una cancion ó un romance, cuyo nombre no me es dado recordar en este instante.

Muchas personas,—al oírme quejar del profundo fastidio que me han producido algunas obras maestras, objetos de su mas curiosa admiracion,—me han dicho:—¡Oh! Es que se necesita oirlas muchas veces.

El lazo que se me tendia, me ha parecido siempre de muy mala ley: ¿Cómo? ¡con que he de oír unicamente una vez la música que me estasia,—y muchas la que me fastidia!...

Trabajen vds., esfuércense por pasar por hombres de talento, para que aun haya quien tenga la osadía de decirles semejantes cosas.

No,—amigos míos,—no caeré en la red,—oigo cuantas mas veces me es posible la música que me agrada,—pero cuando por acaso escucho otra,—siento no haber á la mano otros medios con que indicar cuán insufrible y enojosa me es.

Los libros que deben leerse.

Muy poco ó casi nada es lo que en la actualidad se lee en España; pero en cambio casi todos los españoles se han lanzado á escribir. La literatura se asemeja bastante en la actualidad á un teatro sin espectadores.

A los que no escriben novelas ni comedias, les queda aun el medio de escribir so pretexto de criticar las obras de los demás.

Existen reputaciones fundadas en el fastidio, escritores que gusta mas admirarlos que leerlos. Los antiguos solian deificar todas las cosas que les causaban miedo: la fiebre, la muerte, la peste. Los modernos han deificado el fastidio, divinidad mil veces mas poderosa que la fiebre, la muerte y la peste. Se le aplaca por medio de sacrificios, y se le quemaban incienso.

La literatura profunda, la literatura seria, que nadie lee, se halla formada en lo general de cosas enojosas por excelencia. Empero, infeliz de aquel á quien le acaezca alguna vez faltarla al respeto, porque se desplomará sobre él el epíteto de sacrilego.

Todos los que poseen bibliotecas suelen comenzar por hacerse con todas las obras que son tenidas por maestras de la literatura, y las encuadernan con un esmero tal, que nunca se atreven á leer semejantes libros, de miedo de estropearlos; ¡tumbas espléndidas de las que no vuelven á salir los muertos! Además, cierran la biblioteca y guardan cuidadosamente la llave, por miedo sin duda de que vayan á penetrar allí los espíritus: y en seguida, sin perder momento, van á suscribirse á un gabinete de lectura en el que

leen *futilidades* que les hacen llorar, reír ó soñar.

En lo general nadie lee sino novelas, y sin embargo nadie confiesa que las lee. Las personas graves suelen decir, de un escritor:—¡Es lastimoso que no escriba sino novelas!—¡Oh! señores graves, queridísimos amigos, ¡y cuán estraviados son vuestros juicios!...

¡Sino novelas! Perdónenme vds. señores graves; pero ¿qué es lo que suele quedar en la cabeza y en el corazon de los hombres, de las obras maestras del talento humano?

¿Qué son entonces la *Iliada* y la *Odisea*, y la *Eneida*, y el *Gil Blas*, y el *Don Quijote*, y la *Clara Harlowe*, y *Werther* y *Quintin Durward* ó *Ivanhoe*? ¿Qué son todos esos libros, hombres graves, queridísimos amigos nuestros?

¿Qué es lo que queréis que se lea, el *Libro de cocina*? ¿los diccionarios? ¿la historia quizás? ¡Ah! ¿será posible que creais en la historia, desdichados y apreciabilísimos amigos?

La historia es solo la relacion *desnuda* de los acontecimientos, cuando no es un cuento; la novela en cambio es la historia eterna del corazon humano. La historia nos habla de los demás, la novela de nosotros mismos.

¡Sino novelas! ¿Sabeis cuál es la influencia de las novelas? ¿sabeis las cabezas que ha trastornado la *Eloisa* de Rousseau? ¿los suicidios que ha originado el *Werther* de Goethe? Y hoy mismo ¿sabeis cuál es el desorden que han introducido en el mundo los sueños san-simonianos vertidos por una muger con un estilo rico y pomposo? Segun una estadística del vecino reino de Francia, que tenemos á la vista, desde el san-simonismo y madama Sand, las *demandas de divorcio*, que no eran sino un escándalo muy poco frecuente, se han aumentado en mas de un tercio, hasta llegar el caso de no causar ya en el Palacio de la justicia de París mas admiracion que una contravencion cualquiera á las órdenes sobre el barrido ó limpieza pública.

Empero, de nada sirve perder el tiempo en declamaciones, interin los hombres, cuyo destino sea velar por la ilustracion pública, sigan ocupándose, mas de la conservacion de sus destinos, que de las novelas y del teatro. ¡Ay! señores graves: no há mucho decíamos que eran muy estraviados vuestros juicios, pero ahora ya se nos viene en mientes el decirlos algo mas. Casi nos hallamos inclinados á creer que careceis de él.

Del amor propio.

Nada mas inútil que el declamar contra las pasiones; nada mas impracticable que el proyecto de destruirlas, dice un sábio moralista; y, nada que suponga tanto una ignorancia completa del mecanismo admirable del hombre, nada que descubra mas patentemente al hombre superficial y poco pensador, que el capitularlas de dañosas y perjudiciales por sí mismas; aun mas, de inútiles é innecesarias al individuo y al cuerpo social, añadimos nosotros.

Basta considerar que el hombre es una máquina sábiamente dispuesta y con perfeccion suma construída por el autor de la naturaleza, por el que sujetó á reglas lijias y leyes invariables todos los cuerpos, para persuadirse al punto de que en esa máquina, como en cualquiera otra, ha de haber precisamente fuerza motriz, fuerza negativa ó reguladora y un resultado. Y que esta fuerza motriz son *las pasiones*, así como, que la reguladora es *la razon*, y el resultado *la determinacion de los actos*, no puede dudarlo ninguno que hubiese pensado una sola vez en que el hombre siempre *obra* en fuerza de un *deseo* ó de un *temor*, unas veces, de aquello que *está persuadido* le conviene ó *la experiencia le acredita* como nocivo, y otras, de lo que solo su imaginacion tiene noticia, no sus sentidos, ni la recta conciencia.

Ahora bien; cuando esto último acontece (lo cual suele acarrear consecuencias muy funestas) es cuando algunos filósofos toman pretexto para declamar contra las pasiones; pero porque no reparan en que ellas presiden igualmente á los actos buenos dirigidos y aconsejados por la razon, siendo esta sola la que falta en los malos, y á la cual únicamente deberian culpar de no haber presentado con viveza los inconvenientes del vicio, ni espuesto con fuerza las ventajas de la virtud.—Nosotros creemos que las pasiones todas no son mas que el deseo del bienestar y la felicidad de cada uno y el temor de lo contrario, lo cual tenemos por muy justo y muy loable, pero sucede que aspiramos á lograrlo por distintos caminos, el virtuoso por el suyo y el criminal por el opuesto, esto es, segun el talento y la instruccion de cada cual. El deseo de las riquezas es uno mismo en el hombre laborioso, activo y emprendedor que en el ladron mas infame. La pasion del amor es tan vehemente, y acaso mas, en el que con sus galanterías y finas acciones se propone conquistar una doncella como en el que la violenta sin poderse contener. La envidia es igual en el que no pudiendo soportar la mayor consideracion de que goza otro hombre, emplea la maledicencia y cuantos medios estan á su alcance para arrebatársela, que en aquel otro que se torna en su émulo y aspira con sus virtudes y sus talentos á imitarle y á parecérselo. El temor así puede hallarse en el hombre cobarde y vil, como en el prudente y cauto.—Por lo tanto, todo lo que puede y debe hacer el moralista, es instruir á los hombres, indicarles lo que deben amar ó temer, dirigir sus pasiones á objetos útiles y provechosos. Plutarco comparaba las pasiones á los vientos sin los cuales un barco no puede navegar; y era tanto mas exacto el simil, cuanto que suponía que así podian esos vientos arrancarle de un bajío donde hubiese encallado y conducirlo á puerto de salvacion, como arrojarle contra las costas y estrellarle contra un peñasco.

Aparte de todo esto, un hombre sin pasiones, un hombre que no fuese susceptible de amor ni de odio, de temor ni de esperanza, de placer ni de dolor, el sábio de los estoicos, en una palabra, seria una masa inerte incapaz de accion y de movimiento, una *estátua* ó un *leño*, segun dijo Epicteto.

Ahora, por lo que respecta al *amor propio*, diremos, que es la pasión por excelencia, la mas inherente al hombre, es como la base ó fundamento de todas las otras. Por amor de sí mismo, por el placer que le produce el objeto amado en su imaginación y en sus sentidos, el amante le ama hasta el extremo de sacrificarse á veces por él. Por amor propio, por el deseo de una vida cómoda y feliz, el avaro busca las riquezas y los tesoros. Por amor de sí, por instinto de propia conservación, el temeroso rebuye los peligros, evita prudentemente los lances y no arriesga su fortuna esponiéndola á los azares de un albur. Por amor propio, por el alto concepto que le han de acarrear sus altos hechos, el apasionado por la gloria, espone su vida en los combates y desafía los mayores peligros y contratiempos. En una palabra, siempre con relación á sí mismo el hombre ama ó aborrece los hombres y los objetos.

Peró el amor propio, lo mismo puede ser el deseo de conservarse y ser dichoso, que una presunción ridícula, un orgullo necio, y una vanidad pueril. Le sucede en esto, lo que hemos dicho antes que á las demas pasiones, á saber, que *regulada* ó dirigida por la razón es noble, mientras que cuando esta falta suele conducir al mal. Sin embargo, lleva la ventaja á todas las otras de que jamás nos permite ejecutar acciones degradantes y viles. Un hombre que tenga amor propio, aun cuando fuere presuntuoso y vano, ni será cobarde, ni embustero, ni cometerá latrocinios, ni faltará á su palabra.

El *qué dirán*, consideración que impide á los hombres honrados obrar mal, no es sino el *amor propio* existente en sugetos muy susceptibles. Esa consideración es para ellos un freno poderoso que contiene á todas sus otras pasiones y la línea de conducta á que sujetan todos sus actos. Un hombre de esta clase, verá testigos de sus obras en todas partes, y creerá que le señalan con el dedo por donde quiera que vaya; será finalmente un espía de sí mismo. El vivirá esclavo de esa pasión, pero jamás cometerá imprudencias, ni incurrirá en deslices por falta de precaución.

El *amor propio* se halla muy principalmente en los hombres pundonorosos, en los de carácter firme y enérgico, en los que reconociendo toda su dignidad se proclaman hasta cierto punto independientes. Asimismo es peculiar de los des-

confiados y suspicaces, de los que temiendo una emboscada en cada proposición que les hacen los otros hombres, son inaccesibles y ásperos al trato: estos tales pueden muy bien capitularse de egoistas.



Straus.

Cuando el *amor propio* consiste en la idea alta que el hombre tiene formada de sí mismo acompañada del menosprecio de los demas, entonces se llama *orgullo*: cuando esa idea alta se refiere á ventajas inútiles para los demas hombres, tal como la del nacimiento, se apellida *vanidad*, y finalmente siem-

pre que la pasión ciegue al hombre hasta el extremo de ocultarle sus defectos, ó representarle sus virtudes mucho mas acendradas de lo que en realidad sean, habrá de conocerse la con el nombre de *presunción*.

El orgullo se declara su imprudencia y su necedad por el solo hecho de aspirar á la estimación y al aprecio de sus semejantes, no empleando otros medios que las épocas que infiere con su conducta, los cuales solo le deben acarrear el odio y el desprecio. El, no repara en que los otros hombres tienen *amor propio* como él, y en que por lo tanto no pueden llevar con paciencia que les insulte con su altanería. Tampoco vé que al sobreponerse á los demas, da motivo á todos para que examinen los títulos con que trata de elevarse; sucediendo que por esta prevención rara vez resulta del exámen que al orgulloso se le juzgue digno de la opinión que él tiene formada de sí mismo, y pretenden tengan los demas.

El amor propio que se echa de menos en las mugeres dóciles á sus amantes, hasta el extremo que los disimulen los mayores desdenes y desvios, es el que degenera en orgullo; pues nadie puede dudar que tienen un amor propio muy fino y delicado; al revés de ese otro grosero que se advierte en muchos hombres á los cuales es imposible amar sin ser amados.

El presuntuoso es un enfermo incurable que satisfecho siempre de sí mismo y creyéndose superior al juicio y al dictamen de los demas, no escucha las razones, ni puede apreciar las ventajas de la modestia que se le aconseja.

Peró quien mueve en sus actos á la mayor parte de los hombres, la pasión que mas los caracteriza de unos niños incapaces de llegar jamás á la edad madura, es el *amor propio* con el título de vanidad. Las naciones y las sociedades particulares, son las plazas públicas donde cada uno se presenta haciendo ostentación y alarde de esta pasión ridícula. El uno haciéndose conducir en doradas carrozas, tiradas de fogosos frisonos y servidas de lacayos con magníficas libreas. El otro usando de una afectación insufrible en sus modales y en sus palabras. Este forjando mentiras y patrañas con que embauca á los tontos. Aquel fingiendo una sabiduría y una prudencia sin límites con su profundo silencio en medio de las cuestiones mas maduras. Esotro echándola de valiente, y refiriendo á cuantos encuentra al paso sus lances y sus hazañas, sean falsas,

CARICATURAS.

La Puerta Otomana.



Por la Puerta.



Contra la puerta.



Detrás de la puerta.

ó sean ciertas. El de mas acá alabándose de conocer profundamente á los hombres, aun cuando se desconozca á sí mismo. Y finalmente, como el amor propio se reviste de todas las formas, hay quien se humilla, finge una profunda modestia y hace gala de no tener vanidad; todo esto, por una vanidad esquisita y oculta, por el deseo de aparecer mas grande y mas interesante á los ojos de los demas hombres. Cada uno quiere en esas sociedades sobresalir, dominar á los otros y hacer uno de los mas importantes papeles. Así es que entre los entes que se llaman sociables, se hace necesaria una enojosa circunspección y un temor continuo si no se quieren ofender las pretensiones necias de cuantos se nos acercan. Y es por este mismo amor propio vanidoso, por el que los mas íntimos amigos se hallan espuestos á desavenirse, á separarse para siempre y aun á quitarse la vida los unos á los otros, tan luego como una palabra indiscreta creen que los ha ofendido en lo que impropiamente llaman su honor, ó bien por una preferencia marcada hácia su amigo, se figuran coloados en el mayor ridículo.

No es, empero, este amor propio, ni el que degenera en orgullo y presunción el que nosotros queremos recomendar. Tampoco es el egoismo insociable: es sí, el que se apoya en el dictamen público. Es aquel que se halla en el hombre despues de haber acreditado sus talentos, sus virtudes, ó unas disposiciones verdaderamente útiles, y unas cualidades que obliguen á todos al respeto. En tal caso, prohibir al hombre que se ame, que se estime, que se haga justicia, que reco-

noza su mérito y valor, sería prohibirle que disfrutara de la satisfacción de una buena conciencia, la cual no es otra cosa que el conocimiento del juicio ventajoso que produce una laudable conducta.

El amor legítimo de sí mismo, el aprecio fundado sobre la justa confianza de tener merecido el cariño y benevolencia de los otros, lejos de ser vicios, son actos de justicia que deben ser ratificados por la sociedad, y á los cuales esta no puede menos de suscribir. Aunque por otra parte, la opinión de su propia dignidad sostiene al hombre de bien contra la ingratitude que ordinariamente le niega las recompensas que tiene justamente merecidas.

Los sentimientos de honor, el respeto de sí mismo, la nobleza de ánimo, son lo que impide al hombre virtuoso envilecerse y prestarse á las bajezas y á los medios vergonzosos que emplean tantos otros para engrandecerse, sacrificando su honor á la fortuna. El hombre de bien es el que verdaderamente sabe amarse, el que conoce sus intereses, y quien distingue los impulsos de la naturaleza, que debe seguir ó refrenar: en fin, el que tiene un derecho incontestable á su propia estimación, porque le tiene á la estimación de los demas. No condenemos, pues, este justo deseo, ni le confundamos con el orgullo y la vanidad. La renuncia de la estimación pública es un manantial fecundo de vicios y de crímenes. La conciencia ó el conocimiento de su propio valor, no es vituperable, sino cuando es injusto ó cuando desatiende el valor de los demas. «El amor á la buena opinión es el al-

ma de toda sociedad (dice un sábio), y une á los unos con los otros. Yo necesito de vuestra aprobación, vosotros de la mia.... Tan honesto es ser uno orgulloso consigo mismo como ridículo el serlo con los otros.»

B. M. ARAQUE.

STRAUS.

Straus acaba de morir. Ese famoso compositor alemán que ha conseguido romper la monotonía de los antiguos walses, embriagándonos con nuevos ritmos y cadencias, hasta hacernos olvidar de nuestros pesares. Raras son las tandas de sus composiciones, que por conocidas dejan de oirse repetir como una armonía celestial: esto consiste en que no es en el oído sino en el corazón, donde resuena y encuentra eco tan elocuente lenguaje del alma.

Los periódicos se lamentan de la prematura muerte de este célebre compositor, cuyas mágicos cantos llenan de originalidad y sentimiento, gozan hoy de tan justa reputación, y resuenan sus unánimes aplausos en todos los salones y en todos los teatros de Europa.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR. El engaño reina en la corte apoyado en la mentira y la adulación.